

*José  
Figueres*



**EDEL**

**EDITORIAL ELECTRÓNICA**

<http://mapasdecostarica.info/blog/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

**ASÍ NACEN LAS PALABRAS  
Y LOS CUENTOS**

**CONTENIDO**

Doy las gracias

Nota introductoria

Así nacen las palabras

Animalerías I La Vieja

Animalerías II El Mocho

Animalerías III La mancha en la ventana

Campesinerías. Por treinta pesitos

Paren el fuego

Darío echado a perder

Giovinezza

Los 20 jóvenes de Atenas

El jilguero y el cuyeo

Fue que...

Doy las gracias al licenciado Gonzalo Solórzano por su cuidadosa revisión del idioma de este trabajo, y en muchos anteriores. A pesar de su modestia don Gonzalo es una autoridad en castellano y en estilo.

Las fallas que han quedado, como dicen los autores de verdad, no son de ellos, sino mías. Después de todo, las posibilidades de embellecer con retoques un mal cuadro, son muy pocas.

La señorita Liliana Argüello copió todo esto cien veces con santa paciencia, mientras yo, inmisericorde, enmendaba y desenmendaba todo el texto. Dios se lo pague.

**José Figueres**  
**Junio de 1977**

## NOTA INTRODUCTORIA

*Cuando en el año de... cuyo nombre no quiero acordarme ahora, aquel don José Figueres de armas tomar escribía con balas guerra que aún se discute y un poeta de las milicias vanguardistas le disparaba octosílabos desde una radioemisora popular -como si con versos pudieran atajarse fuerzas incontrastables-, de seguro que ni el hombre de guerra ni el muchacho de pluma hubieran podido vaticinar, rompiendo barreras temporales infranqueables, que en los umbrales de un libro de este don José Figueres de hoy, en el año de 1977, el de los octosílabos vendría a descorrer telón para ofrecerles a los lectores las narraciones de don José.*

*Cosas que veredes, Sancho amigo, entre caballeros del monte, que dijo un día de estos un diputado campesino; sobre todo aquí en la tierra de maíces, cafetales y cubaces que somos, por bien educados que nos legaron ser los viejos en lo de preferir, a los tiros, las tiradas de libros. A nosotros, los de cepa costarricense, un hecho de letras nos exige, a todos, regocijo y respeto.*

*No hace mucho que a don José Figueres, con todo y ser entonces el Presidente, un jurado le otorgó el Premio Aquileo J. Echeverría de Ensayo por su obra "La pobreza de las naciones", lo que dio ocasión al ocurrente Alberto Cañas, en su columna "Chisporroteos", de comentar que en Costa Rica había que presentar excusas públicas para otorgar un galardón al Presidente, al revés y contrapelo de la costumbre más generalizada en Latinoamérica. Buena, muy buena, la ocurrencia, por lo que encierra de positivo matiz de verdad, pero aún mejor la posición de ese jurado que advirtió, no exactamente disculpándose, sino explicándose, cómo una obra valiosa -con la que "no necesariamente" se coincidía en todo o en parte- se llevaba el premio por sus méritos, no importa si primer mandatario su autor.*

*Pues bien, este mismo Figueres -político de controversia, valleinclanESCO y mesiánico, a veces enredado y a veces enredador- nos va resultando a las tardadas, ¡como si más andanzas le faltaran por transitar! , facedor de cuentos, y miren ustedes que el narrador que llevaba adentro era "de veras".*

*Casi no habrá quien alguna vez, si no dicho por lo menos pensado haya de Figueres, que se le puede conceder o negar cuanto se quiera, según quien lo mire y desde donde lo mire, mas algo tiene innegable y es talento. Ya antes de este conjunto de narraciones había publicado "Cubaces tiernos en abril", convincente relato de hombres esforzados, ilusiones y tierras altas, que de porrazo plantó en mitad de la docena de buenos cuentistas de nuestro país al cuentista que la volvía la docena de Frailes, de los friillos soleados, barrancos y neblinosas soledades colindantes con las nubes.*

*A mí, y aun viejo que conozco llamado Tata Mundo, como los cubaces y los abriles nos hacen la boca agua, ese cuento nos gustó. No solemos ser, precisamente porque también los contamos, críticos de cuentos, sino sus degustadores llanos, como del vino o de la leche al pie de la vaca. Aún estamos por averiguar el porqué, el dónde y el cómo de una narración eficaz y dejamos a los*

*entendidos su disección del derecho y del revés para determinarlos, al igual que en los laboratorios se clasifican tejidos, órganos y funciones. A nosotros nos sucede con los cuentos como con el buey: por el cacho. Nos acercamos a ellos sin lupa y sin muchas aquellas. Y estos que aquí están son de los que se demuestran andando y por eso lo agarran a uno por el gaznate y no lo sueltan hasta terminados, sin saberse ni por qué. Su autor -esa es la impresión que nos da- no sabe mucho de técnicas ni éstas le importan. Lo que le importa es decir cuanto recuerda, imagina o se le ocurre, como si entre amigos. No echa mano de abalorios, sino de un lenguaje directo, de conversación casi frugal, siempre veraz, y cuando describe, basta con lo que traza para situar donde debe al lector, entre cosas que se ven y se oyen y personas a las que se escucha alentar. Entra por donde nadie se lo espera, va y viene en la narración y sale de ella como quiere, con elegancia no forzada que es producto, a no dudar, no- sólo de ser narrador instintivo, sino de muchas y buenas lecturas que, sin embargo, no han dejado específicas huellas. Porque, curiosamente, si a alguien sigue don José Figueres en sus cuentos o paracuentos es a José Figueres, capaz de enmendarle la plana a Rubén Darío con inimaginable atrevimiento, pero, y aquí está el baíleme ese trompo, sin -asomo de petulancia; así como de revelar una anécdota familiar que, para enjutos y cortos, arriesgaría pintar mal doctor a su padre el médico del pueblo, porque para enterados y sagaces aquélla es signo de sabiduría popular y profesional.*

*Había de hacer la casualidad de que a este otro también hijo de médico de los que curaban a pulso, le tocara en el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica conocer y juzgar el libro de don José y coincidir con los demás en que, incluso por algo que otros menosprecian -el cuidado por las normas de lenguaje-, "Así nacen las palabras y los cuentos" merece salir en libro. Y por aquello de que "ya que sea que se vea", en una colección donde figuran antes José Marín Cañas, Alberto Cañas y Joaquín Gutiérrez.*

**F. D.**

## ASÍ NACEN LAS PALABRAS

¿Cómo nació en Costa Rica la palabra "mariachis", con la cual se designó a los soldados que lucharon en 1948 en favor del Gobierno?

Todo el mundo sabe (menos los que no sabemos francés) que "*Marriage*" significa matrimonio. Todo el mundo sabe (menos los que no sabemos historia de México) que un Emperador francés gobernó el país durante un tiempo, 1864-67.

Cuando los franceses o sus amigos cortesanos celebraban una boda, amenizaban la fiesta con un grupo de trovadores de los muchos que, desde el tiempo de la Colonia, mexicanizaron el viejo arte español o peninsular de la rima improvisada y cantada con guitarra.

Se distinguían entonces aquellos ingenios, igual que los de ahora, por su indumentaria. Llevaban al hombro una manta de colores vivos, muy mexicanos, llamada el "sarape".

No se sabe cuál señorito de París, después de asistir a varios matrimonios, por alguna confusión identificó a los músicos del sarape con el "*marriage*". Y los propios trovadores terminaron pronto llamándose a sí mismos mariachis. Así nacen las palabras.

\* \* \*

Durante la crisis política de Costa Rica, 1940-48, que culminó con la Guerra de Liberación Nacional, el Gobierno llevaba a la Capital a centenares o millares de trabajadores de las zonas bananeras, tropicales; al principio para hacerlos desfilar en manifestaciones políticas, y al final para enlistarlos como soldados contra el Ejército revolucionario de Liberación Nacional.

En una y otra actividad, el clima de la Meseta Central, y luego, peor, de las alturas de El Empalme, resultaba demasiado frío para los braceros costeños. Era lo contrario de lo sucedido en la Guerra del Chaco en Sudamérica, cuando el calor de la bajura mató tantos bolivianos del Altiplano, como las balas paraguayas.

En Costa Rica hubo necesidad de abrigar a los pobres bananeros, muchos de ellos originarios de la tórrida llanura de Nicaragua; y el único abrigo abundante en el país era la tradicional "cobija colorada", que siempre ha cubierto las camas de los campesinos de la Meseta Central costarricense. Aquella cobija colorada, tan fuera de lugar en los desfiles callejeros, pronto recordó a nuestra gente el sarape que usaban al hombro, en sus visitas o giras artísticas por nuestro país, los mariachis mexicanos. Así se convirtieron los soldados gobiernistas en mariachis. Así nacen las palabras.

Por extensión, el término "mariachi" se aplicó durante un cuarto de siglo a cualquier adversario político del Movimiento de Liberación Nacional. Así se extienden las palabras.

\* \* \*

Algo más torpe sucede ahora en todo el mundo hispano. Los periodistas de habla inglesa llaman "guerrillas" a los guerrilleros o milicianos que luchan en grupos pequeños en las montañas, generalmente contra un ejército regular de ocupación. La práctica de los guerrilleros, o sea la guerrilla, nació en España, contra Napoleón, y revivió en Yugoslavia, contra Hitler. El Mariscal Tito llegó a organizar hasta 600.000 milicianos. También hubo heroica guerrilla anti-nazista en los países vecinos de Europa Central.

Convengamos en que, para quien no sabe castellano, lo mismo es la escuela que los estudiantes, o la guerra que los soldados. Mas para nosotros es un disparate llamar al guerrillero "guerrilla". Es como llamar al zapatero, "zapatería". Infortunadamente la perversión del término se está consolidando, por culpa de nosotros mismos, que olvidamos el español sin aprender el inglés. Así nacen las palabras, y los disparates.

Y lo peor es que el arte de los guerrilleros, en inglés "*guerrilla warfare*", y en español simplemente "la guerrilla", se está traduciendo a nuestro idioma con un disparate mayor, "la guerra de guerrillas", que es como decir "el hormiguero de hormigas". Por algo lo hace Dios a uno tonto. Así nacen las tonterías.

\* \* \*

Al principio de la guerra civil de Costa Rica, en marzo de 1948, el Estado Mayor del naciente Ejército de Liberación Nacional (que después dio su nombre a un Partido) estaba en la Hacienda La

Lucha, antes de trasladarse a Santa María de Dota. Allí durante una reunión de oficiales, de pronto se oyó un disparo de rifle grande, que causó alarma.

No estaban los revolucionarios listos aún para pelear, y procuraban pasar desapercibidos. Nadie sabía de dónde vino el tiro, porque en aquella hondonada hay muchos ecos, y no soplaban un viento predominante. El peligro de un ataque de sorpresa era terrible. Pero ¿de dónde?

Los que conocíamos la región comenzamos a deliberar sobre varias posibilidades. Pero ya estaban con nosotros (los legos) varios oficiales preparados en academias centroamericanas o caribeñas. Los académicos son académicos. Un Teniente Coronel que logró imponer silencio, ordenó a los demás oficiales que te dieran su opinión, uno por uno, sobre el tiro misterioso. También en asuntos militares se impone el liderato.

Cada uno dio su interpretación técnica de aquel disparo aislado, que por ser aislado era más peligroso, según decían, yo no sé por qué. De manera impresionante para nosotros (¡os ignorantes), cada oficial recitó de memoria una página del Manual Táctico de su respectiva Academia.

Por fin tomó la palabra el Teniente Coronel. Todas esas excelentes opiniones, dijo, por ser distintas y contradictorias demuestran indudablemente que el tiro vino de alguna parte. Sin embargo, la gravedad del caso nos obliga, como soldados disciplinados y patriotas, a ceñirnos estrictamente a las reglas superiores.

¿Qué se hace ante un fenómeno como este?

Primero: un Análisis de la Situación. Tema: un tiro aislado. Dirección: desconocida. Distancia: desconocida. Rumbo del viento: no sopla. Fuerzas enemigas: ¡quién sabe! Fuerzas propias: casi nada.

Después de un buen Análisis como este, continuó el Coronel, se aplica la Regla Segunda. Cuando el enemigo da una sorpresiva manifestación de proximidad, se procede por etapas: a) se le ubica, b) se le fija, c) se le rodea, d) se le destruye.

Todos estábamos impresionados. ¡Qué lenguaje! ¡Eso es guerra!

En eso me jaló la falda de la camisa un muchachito descalzo, hijo de un peón de la finca. ¡Don Pepe! ¡Don Pepe! —yo ya me estaba acostumbrando a que me dijeran Comandante, y como que me iba gustando. Pero en aquel momento se me olvidó, y bajé la oreja para escuchar al muchacho.

"Desde anoche están allá arriba tomando chirrite dos viejos de San Cristóbal Norte, que deben ser contrarios. Estaban travesando con un *Remington* viejo, de esos de cargar por la boca".

Los oficiales no lo dejaron continuar. ¡Todo está claro! ¡Hay enemigo! ¡Hay enemigo! ¿La ubicación? ¡Traigan el mapa! ¡Traigan la brújula! ¡Las coordenadas!

Miguelito se asustó con eso de "el enemigo" y la bruja, y las condenadas, y gritó a todo pulmón: ¡¡En la tranquera de Olegario están los mariachis!!!

Ya había nacido y estaba en uso, hasta por un jovencito campesino, la palabra mariachis.

\* \* \*

Así nacen las palabras, aunque adquieran después otros usos. Así nacen también los cuentos, como los que ahora siguen.



## ANIMALERIAS

*Página Literaria de "La República",  
junio de 1970.  
Coordinador, Luis Burstin*

### I

#### LA VIEJA

Por la tarde volvieron todos. Ninguno preguntó a los otros dónde andaban. Se había producido una diáspora extraña.

De esto hace ya cuarenta años. Yo comenzaba a ser finquero. De la capital a la distancia de una noche, en invierno, en mal caballo, y a seis horas en verano. Viajaba cada mes, cada dos meses, siempre de noche para no perder el trabajo del día.

Doña Adela, la vieja cocinera, su madre doña Chusa, su tío don Pedro (que cuando se emborrachaba repetía su grito de lejana juventud: ¡viva Rafael Iglesias, carajo ! ) y dos muchachos recogidos, constituían la familia que me asistía.

Hace ya cuarenta años. La emoción del verano era la milpa. Los soles de marzo y abril. La tierra tostada. La siembra en seco. La espera larga. Al fin, el olor a tierra mojada, que es el amanecer del año en el rastrojo.

Hace ya cuarenta años. La emoción del invierno era el libro. Leer baja la lluvia. En el corredor de la leña, por las tardes, o de noche en el cuarto, con candela. Por allí desfilaron en poco tiempo casi todos los filósofos germanos.

Así nació la biografía de La Vieja: vino una vecina a vender una chanchita ajendada, peluda y trompuda. No pasaba de ocho libras. Causaba lástima. Denle de comer, decía, y verán que se compone. La madre es buena lechera. Esta hijita se crió muy linda mientras mamó buena leche. Pero recién destetada se nos acabó la troja, y no quedó ni redrojo. Lo feo que tiene ahora no es de raza sino de hambre.

¡No es de raza sino de hambre! Yo estaba ya distraído, como de costumbre, y oí la frase en la penumbra de mis propios pensamientos. Me pareció que alguien gritaba, ¡pobres pueblos de América !

Denle tiempo, suplicó la campesina. ¡ Denle tiempo ! A mí se me fue la onda otra vez, y me pareció que alguien preguntaba: ¿cuánto tiempo? Como sonámbulo recordé que Esquilo encomendó sus tragedias al Tiempo, ¡ y ahí están ! Una voz interior hizo ver que no es lo mismo el hambre que las tragedias de Esquilo.

Denle buena comida, siguió la mujer. Denle buena comida. Eso es todo. ¡ Eso es todo !., repitió la voz interior. Varios años después yo habría de saber que los terneros no se recuperan nunca si se crían con poca leche en las primeras semanas de vida. Y más tarde habría de observar que lo mismo sucede a los humanos. Los niños sufren atrofia parcial del cerebro si les faltan proteínas cuando dejan el pecho de la madre.

¡Pobres pueblos de América! siguió gritando la voz, desentendida ya de la mujer que vendía, de doña Adela que compraba, y de la chanchita que escuchaba. Los economistas quieren desarrollarlos en diez años. Los educadores quieren educarlos en seis grados. ¡Probablemente necesitan varias generaciones de mejor nutrición, para lograr su estabilidad política y social!

Doña Adela compró la chanchita y le dio de comer. Cuatro décadas después yo no sé si aquel cerebro marrano había sufrido atrofia parcial en tres semanas de mal comer, por el agotamiento de la troja, después de haber mamado buena leche materna en sus primeros días. Porque en su larga y no agitada vida de casi cuatro años, la puerca no mostró ninguna inclinación intelectual. Cosa común en muchos seres vivientes. Pero al menos el cuerpo de la cerdita se compuso en poco tiempo, muy bien, como había anunciado la vecina que la trajo.

Así nacen a veces los negocios, o las aficiones. Así comenzó un negocio nuevo en la finca, y una nueva afición en mi vida. Desde entonces el ganado que más me gusta es el cerdar. ¡Hay otros que son mucho más torpes!

Ni en la tierra ni en el cielo hay otro ser con tantos nombres. Cuando un nombre empieza a oler mal viene otro a sustituirlo, y así van todos rotando: cerdo, marrano, cochino, chanco, puerco, tocino. No se dé nadie por aludido. Me refiero sólo al ganado porcino, que me gusta más cuanto más conozco otros ganados.

Los hombres de empresa y de estudio tenemos derecho en el mundo a un rinconcito de romance. Con excepción de los cohetes espaciales, no hay actividad que yo no haya emprendido en esta vida. Comencé a leer desde niño, y a trabajar hace más de medio siglo. A la par de la afición empresarial y libresca adquirí, por eliminación, dos gustos extraños: me gustan los cerdos y me gustan los camiones de carga. Por eliminación. Porque hay seres y cosas más insensibles aún.

Yo manejaba camión por caminos de montaña cuando inventaron la marcha extra-baja (extra-potente, decimos los legos en física) cuya caja de cambios roncaba como una chancha. Todavía hoy dice la gente en Costa Rica, cuando el vehículo emprende una cuesta pesada, ¡ métale la chancha ! Tal vez lo que algunos países necesitan.

Nada desafía más las reglas establecidas que el sentido estético propio. Nada es más espontáneo. Me gusta una cosa ¡porque sí! Los camiones me gustan ñatos, y los cerdos me gustan ñatos, ¡porque sí! Tal vez así nació mi chato amor a la chanchita de esta historia. Tal vez porque, habiendo sido trompuda y fea cuando vino con hambre, que daba lástima, después de comer bien se hizo ñata y bonita. ¡Una guapísima ñatita! Tal vez me gustan los camiones ñatos porque soy hombre de montaña y no de pampa, y los ñatos toman mejor las curvas sinuosas, cuesta arriba, en los caminos caracoleados. Tal vez los hombres debiéramos ser como los camiones, ñatos, para hacerle frente al mundo. ,

Tal vez por ser ñata la cochina se enamoraron de ella, doña Adela, su madre doña Chusa, su tío don Pedro (partidario de Rafael Iglesias), y los dos muchachos recogidos. Toda la familia que me asistía.

Pues bien: cuatro años después de haber venido la cerdita, hubo en la casa una diáspora extraña. Por la tarde volvieron todos. Ninguno preguntó a los otros dónde andaban.

Recuerdo muy bien que al principio el animalito se hizo apetecible. Estaba de comerlo. Pero no se podía ni pensar en lechón para diciembre: la chanchita era apta para la cría. Desde muy joven lo mostró. Y la cría empezó. Así nacen a veces los grandes hatos porcinos.

El ciclo de reproducción del cerdo es rápido. Por dicha no hay pildoritas porcinas. En tres años y medio pasaron por el patio de la casa ciento setenta descendientes. En cada generación eran más flatos. Para eso se escogían bien los verracos. Verracos bien flatos.

Yo no sé qué quiere decir surrealismo, ni menos aún de qué va a tratar mi próxima novela surrealista. Pero ya tengo pensado el nombre. Un nombre poético: "Los verracos eran ñatos".

A propósito de surrealismo, mejor dicho, a propósito de nada, recuerdo ahora que don Pedro, tío de doña Adela, hermano de doña Chusa, y partidario de Rafael Iglesias, tenía muy mal concepto de las gentes de ciudad. Esos no trabajan, decía, ¡ pura pluma ! Son unos ignorantes. No saben ni echar un desague, ¡ Puros abogados !

Un compañero del Colegio Seminario, Juan de Dios Trejos, de Cartago, me visitó una vez en el desierto, digo, en la finca, y comentó que yo vivía entre filósofos y cerdos. Efectivamente, mientras en los corrales los marranos se mordían, en el corredor de la leña por las tardes, o de noche en el cuarto con candela, Schopenhauer y Hegel se mordían. Esa polémica fue una de las mil épocas de mi vida.

Aquella puerca peluda, ajenada y trompuda de antaño, se había convertido en la gran progenitura. Respetuosamente se le llamó La Vieja. Llegó a ser el personaje número uno de la finca. Todos sabían de quien se hablaba cuando se decía La Vieja. La Vieja no era doña Adela, ni doña Chusa, ni la vecina. La ' Vieja era la Vieja. Yo llevé su retrato muchos años ¡siempre romántico! en mi cartera de bolsillo. Así nacen las palabras, y los nombres, y los recuerdos.

La prole siguió creciendo. Las hembras de cría se escogían por su capacidad como lecheras. Un criterio nutricional: el vigor inicial de los hijos. Si en el primer parto de prueba los chanchitos crecían débiles, la joven madre se castraba (Santiaguito era el cirujano), se engordaba y se convertía en manteca. Infortunadamente no se puede hacer lo mismo con otros seres inútiles.

La finca instaló su pequeño matadero, y hasta inventó unas la-titas de dos libras para empacar la manteca. La manteca era blanca, muy blanca, pero no como la nieve, porque en Costa Rica no hay nieve.

De esto hace ya cuarenta años. Los aceites vegetales apenas comenzaban. La manteca de cerdo se llamaba legítima, o criolla. La de semilla vegetal, despectivamente se llamaba extranjera. Este fue el único caso en la historia del globo terráqueo, en que lo criollo y legítimo tenía sabor y precio, y lo extranjero y artificial era menospreciado.

En los criaderos de hoy, como en otros lugares, la carne se prefiere magra, inmadura. En aquel tiempo se buscaba la gordura, la manteca criolla. Los mejores ejemplares porcinos, ya grandes, ganaban un kilo de peso por día. Al destazarlos daban una libra de manteca por kilo de puerco en pie. No cualquiera da tanto. Comían papas cocidas con sal en estañones, con unas gotas de yodo que recomendó el curandero contra el bocio.

Por no haber camino a la capital, las papas se daban entonces a los cerdos. Ahora ni para los cristianos alcanzan.

En el matadero se medía el grosor del tocino. Seis pulgadas de grasa blanca entre cuero y carne, en la parte de encima del pescuezo, no eran infrecuentes.

Había animales que casi no daban carne: se iban en manteca y chicharrones. Otros se van en otras cosas.

Pocas semanas después de quedar ciegos por la gordura, con cuatro pulgadas de tocino en la frente, los cochinos descansaban en la paz del matadero. Era un descanso merecido, tras un año y medio de esforzada vida de comer y comer, que es un trabajo como otro cualquiera. Por eso abundan los comilones de oficio. Los verracos, además de comilones, eran, como es natural, los machos de cría. Una vida de doble trabajo que otros animalitos llevan con gran dedicación.

Al fallecer, los cerdos berreaban. A ningún ser viviente le gusta dejar de serlo. Los cerdos berreaban duro, ejerciendo un derecho fundamental, no proclamado por la Revolución Francesa: el derecho al berreo.

Pero aquellos berridos supremos —esa era la primera regla del establecimiento— no debía oírlos nunca La Vieja. La manteníamos a distancia del matadero, conservando la línea con la menor cantidad de papas posible, hasta donde es posible conservar con papas una línea cerdar, o de cualquier otra especie. Estando lejos de los berridos, La Vieja creía que sus tataranietos gozaban de buena salud. Por lo menos, y esto era lo importante, así pensaban que vivía engañada la chancha (como piensan los expertos monetarios de la gente pobre), doña Adela, su madre doña

Chusa, su tío don Pedro (partidario de Rafael Iglesias), y los dos muchachos recogidos. Toda la familia que me asistía.

Pero hubo en la familia en un mal día, una diáspora extraña. A pesar de la dieta esmerada, La Vieja había engordado demasiado. Los humanos incontinentes se consuelan aduciendo que no engordan porque comen demasiado, sino por un fenómeno glandular especial.

El fenómeno glandular especial acabó por envejecer demasiado a La Vieja, bajo el peso respetable de casi cuatro años de comer y parir, y de casi cuatrocientas libras de manteca criolla bajo el pellejo.

Ominosa se volvió la situación para toda la familia que me asistía. Si no conocían a los filósofos fatalistas, al menos conocían el adagio: Al que nació para chanchos, del cielo le cae la horqueta. Tal vez no tenían experiencia con políticos oportunistas, pero sabían de memoria el refrán: A todo chanchito gordo le llega su día.

Campesinos y semi-ciudadinos a la vez, los miembros de la familia que me asistía, deformada su personalidad por el contacto con el patrón raro, que lo mismo hablaba de cincuenta cerdos que de cincuenta mil, y que leía y leía unos libros inentendibles, por las tardes de lluvia en el corredor de la leña, y de noche en el cuarto, con candela, doña Adela, su madre doña Chusa, su tío don Pedro (partidario de Rafael Iglesias) y los dos muchachos recogidos, también tenían derecho en el mundo a un rinconcito de romance. Por eso, enterados de lo que debía suceder, emprendieron en aquel mal día una diáspora extraña.

Respetando el romance yo había tomado precauciones para disminuir la ignominia del proceso. Era necesario interponer distancia entre La Vieja y la familia, en el día del supremo sacrificio. La Vieja no debía ser inmolada en el propio matadero de la finca. De otra parte, por aquel tiempo la heroína había dejado de ser propiamente un semoviente: sólo podía transportarse sobre ruedas. Ya no se para, lloraba don Pedro, ¡ya no se para!

Nicanor Leiva Ramírez, el pulpero del distrito vecino, comerciante en todo, desde cerdos hasta chirrite de cabeza, tenía una carreta grande, casi No. 4. En aquellos caminos resbalosos y cuestudos, no la manejaban los bueyes en invierno. Pero en abril los bueyes pegan bien y jalan mucho. Y cuatrocientas libras de manteca criolla entre cuero y carne, en camino seco, no son carga para una yunta alentada.

Aquella mañana muy temprano, con el olor a tierra mojada por el primer aguacero, ¡La poesía! , llegó Nicanor Leiva Ramírez con su No 4, ¡la prosa ! Yo tuve que buscar peones de lejos que le ayudaran a cargar. De la finca no había nadie. Aunque hacía frío, no pude ofrecerles café recién chorreado, como es costumbre. En la finca no había nadie. Por primera vez en mucho tiempo, no estaban por ahí ni doña Adela, ni su madre doña Chusa, ni su tío don Pedro (partidario de Rafael Iglesias) ni los dos muchachos recogidos. Toda la familia que me asistía. Se había producido una diáspora extraña.

Por la tarde volvieron todos. Ninguno preguntó a los otros dónde andaban. Así nacen los recuerdos, y no se expresan en palabras.

Londres, 12 de abril, 1970.

## ANIMALERIAS

*Sección Literaria de La República,  
julio de 1970  
Coordinador Luis Burstin*

### II

#### EL MOCHO

Esta es la historia de un camino y un buey, y un boyero y una niña.

Pocas gentes saben cómo nacían antes los caminos tal como nacen las palabras. Pocos se imaginan, porque no conocen la historia, lo que llegó a significar, en la vida de un noble animal, de un noble arriero, y de una nietecita noble, el advenimiento de la Carretera Interamericana, en el trecho entre Cartago y El Empalme, rumbo a Panamá.

En terreno virgen y montañoso los primeros campesinos que penetran la selva buscando palmitos o mil-peaderos suben y bajan por las filas que el hombre de ciudad llamaría, como Pérez Galdós, cimas, lomas o cúspides. Es difícil atravesar laderas por líneas de niveles planos, o al menos suaves. Y cuesta mucho excavar en la falda de la montaña una grada prolongada, que no otra cosa es un camino. El campesino sube y baja por derecho. Ese es su sino.

El trillo original que se forma con el uso es siempre duro, como la vida original. Duro de piso porque, siendo empinado, la lluvia lo lava y no hace barro. Duro de inclinación, porque trepa y baja por la cresta en línea recta como las abejas vuelan y como las dantas huyen.

En cambio el camino plano, ya sea recto cuando recorre la pampa o curvado cuando, tras un gran trabajo, da vueltas a los cerros, es siempre suave. Suave en la gradiente, porque asciende poco a poco. Suave en la superficie, porque el agua se estanca y viene el lodo. Como en la vida muelle.

Después de treinta años de trajinar yo por cuestras caracoleadas, que eran simples ampliaciones de los primeros trillos, de piso rojo y recio, siguiendo siempre las filas, vino en alas de la abundancia y al son de la Segunda Guerra

Mundial, la Carretera Interamericana. Trajo unas máquinas grandísimas que no le tenían pereza a cortar de través los cerros, tumbándolos a veces en las honduras para formar rellenos.

¡Oh milagro! La excavación que las máquinas hacían en las montañas iba formando un camino de gra-dientes suaves, que parecía plano del todo para quienes estábamos acostumbrados a las cuestras empinadas en los pasos de carreta, como en la vida.

Pero no todo es ventaja en el camino plano. Muchos herederos lo han sabido. La pala del tractor abre una herida ancha, y se mete en las faldas muy adentro, donde nadie anduvo nunca. El piso

excavado queda suave. Antes de usarlo, tienen que venir otras máquinas que compactan bien la tierra, y después otras más que abren desagües, para que la lluvia se escurra y no haga barro. Enseguida, una capa de piedra, y otras y otras más, rápidamente, y por fin el asfalto. Dejan el piso, decía la gente, parejito como un patio de beneficio. Son milagrosas esas máquinas que forman caminos lisos como salas de baile, entre las más agrestes peñas.

Pero no todo es ventaja. ¡ Pobre Ana Lía la nieta del boyero ! Su pena la trajeron precisamente aquellas máquinas, y la carretera nueva que formaron.

Porque, por supuesto, hubo que conectar la Hacienda La Lucha con la Interamericana que pasó cerquita, y salir a Cartago en vez de Desamparados. Un cambio de geografía, de consecuencias imprevistas. Todavía están resentidos los pulperos de San Miguel de Desamparados porque el pueblito murió para el comercio del Sur al venir la carretera por Cartago. ¡ Otra víctima del progreso ! Antes, centenares de arrieros descargaban en los aleros de las pulperías de San Miguel, en verano el café de Tarrazú, en invierno el carbón de encino y arrayán. Luego compraban su ropa y comestibles, no siempre al contado, enyugaban otra vez, y volvían hacia el Sur por los resbaladeros de la Cuesta del Tablazo, siempre duros, con desniveles fuertes y con vueltas retorcidas. Como la vida del boyero.

¡Casi una semana para ir y venir de Frailes a San Miguel! Casi dos semanas desde Santa María de Dota, ida y vuelta, incluyendo dos sesteos, en Corralillo y en el Bajo del Río Tarrazú. Pues bien, llegó la hora de abrir un corto trecho de camino en montaña virgen, para conectar La Lucha con la Interamericana en el sitio llamado hoy La Sierra. Siguiendo el ejemplo, y la natural inclinación a lo más cómodo, por primera vez se hizo un trazado plano, o casi plano. Por economía, se dejaron los cortes altos y verticales, que al derrumbarse luego ensancharían el paso sin más costo que el de botar los aterros.

Pero nosotros no teníamos máquinas. Cien peones a pico y pala costaban más por día que un tractor grande, y hacían menos trabajo, aunque la vida se les fuera en sudor y casi en lágrimas. Menos aún podíamos tener compactadoras ni aparatos para abrir buenos desagües. Y, por supuesto, nada de piedra quebrada, ni de asfalto. ¡ Sólo Dios y barro !

Solamente doce o catorce meses llueve al año en la zona de La Sierra y El Empalme. ¡Allí te quise ver, boyero mío! Ya no era el piso acostumbrado de las filas rojas y resbalosas, donde los aguaceros corren rápidos, y en una hora de sol se seca todo. Aquel camino de tipo nuevo en las alturas montañosas de Tarraza, por ser plano se parecía a los viejos pasos de la llanura de Guanacaste, donde las ruedas se hundían hasta las bocinas, y el cajón de la carreta navegaba en el atol.

Sí, aquello parecía el Guanacaste en invierno. Pero era peor. Un camino nuevo en el bosque primitivo, sin lastre ni asfalto, es una mezcla de talpetate negro con subsuelo rojo, donde se ahoga un buey en el menor descuido. Y eso no es todo. Lo peor es que los troncos del roble recién volteado tardan mucho en podrirse en el fango. Nadie sabe hasta dónde llegan los raigones, ni por el ancho ni por el hondo del chilate. Lo cierto es que la carreta se pega, y los bueyes se rompen las pezuñas, por lo menos.

Aprenda el lector la siguiente maniobra que no es fácil, por si algún día llega a servirle de algo. Para sacar una carreta pegada en un tronco en el barreal, el boyero aplica toda una técnica bueyeril, que no se le ocurrió ni a Leonardo da Vinci. Primero detiene por el cacho al buey izquierdo, diciendo ¡ Esa ! , no sé por qué. Luego toca con el chuzo al buey derecho, diciendo ¡gui! quién sabe por qué. La rueda izquierda se detiene y la otra trata de subir, no por derecho sino a cierto ángulo, sobre el

raigón escondido en el lodazal. Si no logra pasar, se invierte la maniobra; se prueba con la otra rueda, cambiando el ángulo de tracción. Cuando una de las ruedas pasa sobre el tronco, ya es fácil hacer seguir las dos.

Ahora bien: como sabe todo el mundo, excepto mis lectores y yo, el timón es el palo que va del cajón de la carreta, al yugo. Mientras la carreta avanza hacia adelante, normalmente, el timón tiende a estirarse, y resiste mucho esfuerzo sin peligro.

Los ingenieros tienen su propia jerga ingenieril, como los sociólogo-s y los economistas, y, últimamente, los maestros de escuela. Perdón: los docentes de un centro de enseñanza.

El timón no se rompe mientras los dos bueyes tiran por derecho, porque la madera es un material fibroso de un alto índice de resistencia tensil. ( ¡Ni en el ICE hablan mejor! )

Pero al recibir el es-fuerzo lateral de la yunta, para que una sola rueda pase sobre un tronco, el timón tiende a doblarse; y la madera tiene un bajo índice de resistencia a la flexión.

La pega del timón al marco de la carreta ha estado durante siglos torpemente diseñada, o sin diseño. Los carpinteros empíricos saben también meter la pata, o, mejor dicho, la broca y el formón donde no les corresponde. Hacen en la pega una escopladura que reduce el número de fibras leñosas a la mitad, en un punto vital. Allí es donde se rompe el timón. Así nacen las carretas destimonadas.

(Con razón decía de mí el inolvidable amigo Ing. Mario Quirós Sasso, que yo soy Ingeniero Diesel. ¿Por qué? , le preguntaban. Porque "dice él" que es ingeniero).

Los boyeros no cono-cen el lenguaje estructural, y cuando la pega falla, por mal diseño, dicen simplemente que la carreta se destimonó. Así nacen las palabras.

¡Cuántas carretas se destimonaron en pocos meses en aquel trecho de camino nuevo, plano y de suelo suave, Heno de viejas raíces de robles y en-cinos! ¡La desgracia del pobre! , decía David Segura. ¡Hacer un camino plano en montaña virgen, sin poder echarle lastre!

Destimonar la carreta es un daño tan grave como romper el árbol principal del automóvil, que transmite la rotación desde la caja de cambios hasta el piñón diferencial. Se queda el auto sin tracción cuesta arriba y sin compresión cuesta abajo. A la deriva, como dicen los marinos cuando rompen otra cosa que en su oficio y en su idioma también llaman el timón.

Hasta aquí la ingeniería de "dice él".

Por fin me voy aproximando a lo que sucedió en este cuento, que no es cuento, sino historia. Así nació la historia triste de un camino y un buey, y un boyero y una niña. Pero, infor-tunadamente para el lector, "dice él" que también es un poco veterinario.

A veces, cuando un buey hace el esfuerzo ladeado por sacar del barro una rueda pegada, no se arranca el timón: se arranca el cacho. ;Se arranca de raíz el cuerno del pobre animal!

El cuerno que se quiebra es siempre el de afuera en el yugo, no el de adentro. Porque el de afuera hace el mayor esfuerzo en esos casos, y recibe por eso, como siempre sucede, su castigo. Basta observar en cualquier parte un novillo descachado, para adivinar la posición que el pobre animal tenía en la yunta. Si le falta el cacho izquierdo, fue buey izquierdo. Histó-ricamente, por supuesto, esto es casi tan importante como averiguar bien si Tutankamen era primo hermano, o primo



segundo, de su cuarta esposa.

Don David y su nieta lloraron juntos, a pesar de que el viejo arrugado y tostado era imperturbable, como Walt Whitman. Porque los hombres imperturbables también lloran, aunque sea en silencio! ¡Manejaba siempre su yunta de barcinos con tal cuidado! Era más "fino", dirían otras personas entendidas, que un violinista húngaro.

¿Cómo fue aquel des-cuido? ¿En qué había ofendido él a Dios para que se le descachara el bueycito derecho? ¡Le había costado tanto conseguir dos novillos parecidos, y amansarlos de manera que jalaran tan parejo!

Los lamentos de David Segura no fueron rayos y centellas, como los gritos de Otelo cuando dio crédito a las infamias de Yago sobre la inocente Desdémona. No. Fueron más bien ayes del alma, como los de Sancho Panza cuando notó, al amanecer, que el villano de Ginés de Pasamonte le había robado su borrico idolatrado.

Como quiera que fueran aquellas quejas, la historia requiere antes, infortunadamente, otro paréntesis. Paciencia, pobre lector, que esta historia es larga pero aburrida.

Nadie me adivina para qué necesito este paréntesis. Aquí va: Si ustedes creen que es fácil venderle un cuento a esta Sección Literaria de La República, es porque no conocen al Coordinador, Luis Burstin. Pone más condiciones que los 15 Puntos del Presidente Wilson para la Paz, después de la Primera Guerra Mundial. El zorro de Poincaré decía, haciendo mofa, como buen galo, de la buena fe de Wilson: ¡le bon Dieux se conformó con imponerle a Moisés diez Mandamientos, y este buen hombre nos viene ahora con quince!

Sin embargo, a mí me da trato especial el señor Coordinador. Me ha reducido sus Puntos a tres: a) que no diga malas palabras, porque pensarán, sin equivocarse mucho, que soy del monte, b) que no me ponga a filosofar en un cuento, como si fuera un ensayo, porque el narrador tiene derecho a aburrir al lector en un solo campo, y no en varios a la vez. c) sobre todo, que no explique el significado de ningún término montaraz de los que tanto conozco, porque al lector le gusta más quedarse un poco en babia. Es mucha la gente que admira lo que no entiende.

¡Y tan bonito que es decir malas palabras, y filosofar sobre los sentimientos de un boyero viejo y arrugado, y explicar lo que son el chuzo y el timón, y el barzón y las coyundas! ¡Queda uno como experto en bueyología, y hasta puede "aplicar" para profesor universitario!

Por fortuna algunas veces Homero cabecea, según notaron a su tiempo los latinos. Y así, disimuladamente, yo trato de meterle algún golcito lingüístico al señor Coordinador. No me aguanto las ganas de filosofar, especialmente ahora, tan oportunamente, al contar la historia de un camino y un buey, y un boyero y una niña.

Por otra parte, si al-guien cree que sólo se expresan en jerga propia los marxistas, la ANFE, los anti-im-perialistas y el Banco Central, es porque no ha oído hablar a los arrieros. Es una lástima que ese idioma se pierda junto con la profesión del boyero, sin que lo recoja un Carlos Gagini.

Todo el vocabulario cariñoso del boyero y de su nieta se vertía sobre la yunta de barcinos. Son medrados, decían (se mantienen gordos y lucios); son valientes (resisten muchas horas enyugados); mansitos (no embisten ni patean); no se revuelven (no son como algunas mujeres); no se encaprichan (no son como ciertos hombres). Tienen sobre todo la principal virtud del mundo: ¡son

leales! (no se arrinconan uno a otro, ni se echan al timón, renunciando al esfuerzo, cuando la carga se vuelve pesada). Hay otros seres que, por pereza o por dedicarse a bajar el piso a los demás, no logran subir en su propio camino. ¡Por vivir echados al timón! Así nacen las frases.

Siguiendo mi lección de terminología bueyeril, diré que era Ana Lía la que cuidaba a los barcinos (es decir, les daba caña y pasto picado; cuidar no es cuidar, sino alimentar a mano). Esta es la última explicación que doy. Ya despertó el Coordinador.

Todas las tardes aunque lloviera, la niña, después de cuidarlos, arreaba los bueyes al potrero. Aquel paseo era un ballet a tres. Ana Lía llevaba por chilillo una ramita flexible del árbol de añono, tan inofensiva como el puñal del tenor o de la diva. Era el símbolo de una autoridad que los ganados aceptan, como aceptan los humanos tantos símbolos.

Al final del ballet a tres, de un kilómetro y medio de recorrido, con los bueyes siempre arreados por detrás como es costumbre, Ana Lía se adelantaba para abrir la tranquera. Aquel raspar de las varas de encino cuando rozan con los ojales de la aguja de roble, anunciaba el despido. Id con Dios al potrero, parecía decir el ras-quido, y era la última nota de la tarde.

Es triste oír llamar al amigo de hace pocas horas, el Difunto. El alma se rebela. Don David era viejo, arrugado y tostado, imperturbable como Walt Whitman, pero a su nietecita le costó mucho tiempo acostumbrarse; no podía decirle al buey recién descachado, el Mocho. Hay palabras que nacen en un verdadero parto doloroso.

Pero más le costó aún aceptar la deslealtad de la gente grande, cuando apareció otro novillo comprado por fuera para enyugarlo con el buey compañero, que estaba sano. ¡A buey muerto, buey puesto!

¡Pobre Mocho descariado! La niña sólo pudo mitigar su dolor de los primeros días con la esperanza de seguirlo visitando, para que, sintiéndose inútil, no se sintiera humillado ni olvidado. ¡Es tan escasa la lealtad cuando cambia la fortuna!

Una tarde, por primera vez, la nieta del boyero entró un poco en el potrero en vez de regresar desde la tranquera. Caminó hasta una cepa de itabo solitaria, vestigio de una cerca de otro tiempo. Con sólo subirse al tronco de una rama cortada de plano, sosteniéndose con la mano en otra rama vertical, la niña alcanzó a ver hasta el bajo del potrero. Abrigadito por un guayabo lleno de fruta, junto a la quebrada, estaba el Mocho.

Mirando luego hacia atrás desde el tronco podado del itabo, Ana Lía notó que arriba, junto a la tranquera, la nueva pareja pastaba. Y se quedó pensativa. ¡A buey muerto, buey puesto!

Visto por un observa-dor desde lejos, el cuadro plástico de aquella tarde sería un ballet a cuatro: abajo, el Mocho bajo el guayabo; al centro, la niña sobre el itabo; arriba, la yunta en la tranquera. Y todo envuelto en aire rojo bajo un sol que desfallece. ¡Y así sería después todas las tardes!

Eso pensaba Ana Lía. Pero pronto descubrió algo extraño que le infundió curiosidad y esperanza. En el mes de diciembre el día es más corto, y anochece muy temprano. Y después de la luna llena las noches comienzan muy oscuras. Por casualidad o por designio, en dos atardeceres seguidos le anocheció a la niña en la tranquera. Y, con ojos acostumbrados al campo y a la noche, la nieta de don David creyó ver un movimiento en la penumbra. Corrió hacia adentro, hasta el itabo, y subió al tronquito de la rama cercenada. Pero ya nada se veía.

¡Qué felicidad, pen-saba la niña, ilusa, romántica, si el barcino Mocho y el barcino sano por la noche se juntaran! ¡Cuántos recuerdos de hambres y de fríos compartidos, de ruedas pegadas en los raigones, de carretas desgajadas en la pega del timón! ¡Cuántos cariños! ¡Cuántas congojas!

El domingo es día de reposo para hombres, ángeles y bueyes. El ángel era Ana Lía. En el amanecer del do-mingo, hombres, ángeles y bueyes tienen la sensación de que no existe el fin del mundo, ni el descanso tendrá fin.

Antes de salir el sol, sin haber ido a misa todavía, y por primera vez en día de fiesta, la nieta del arriero, calladita, tomó el camino conocido. En el alto de la tranquera creyó encontrar un solo bulto en lo oscuro, y el corazón le saltó. Corrió al itabo, subió al tronquillo y miró hacia abajo. ¿Quién determina el instante en que la noche muere, y nace el día? ¿Cómo es el semioscuro y cómo es la media luz? Ana Lía lo supo. Con el girar de la Tierra sobre su eje llegó el milésimo de segundo en que sus ojos, como cámaras instantáneas, retrataron el cuadro allá abajo, bajo el guayabo: el Mocho y su hermano se lamían.

Así nacen los secretos. Pero la nieta no pudo más. Contó, el secreto al abuelo, y otra vez lloraron juntos. Los hombres imperturbables como Walt Whitman también lloran, aunque sea en silencio, o aunque sea en secreto.

Cuanto más rústico es el ser más pronto sana. El Mocho sanó pronto. Y ya vagabundo, comenzó a engordar, como si fuera un animal de carne.

Ana Lía no comprendía el peligro, y gozaba viendo engordar al buey, sin preguntarse por qué daba vueltas por ahí Miguel Monge, el carnicero del lugar.

En aquel tiempo en la finca pocas gentes conocían Cartago. Era como conocer París. No se normalizaba aún el tránsito en la Interamericana, por culpa de los derrumbes de los primeros inviernos. No había costumbre de salir a la ciudad ni había mucho dinero.

Una vez don Olegario, mi colindante hacia el Oeste, ya mayorcito y riquillo, tras toda la preparación del caso emprendió el viaje, y asistió a "La Pasada" de la Virgen de Los Angeles. Y regresó encantado. ¡Mil luces, mil músicas, mil gentes! Expresó su opinión en una frase olegariana: ¡Sólo la Gloria puede ser más bonito que lo que había antenoche en Cartago!

Poco tiempo después, estando ya el Mocho bien gordo, maravilla de maravillas, David Segura propuso llevar a su nieta a conocer Cartago. Se desconcertó Ana Lía, pues no sospechaba nada. No tenía más que doce años, y ya llegaba a su vida la suerte de las suertes. ¡Conocer Cartago! ¡Pobrecita!

Fueron a pie, por supuesto, por el viejo camino peñudo de San Cristóbal Norte. De ida, el Cerro del Palo Blanco estaba claro. Ni nubes, ni lluvia, ni rayos. ¡Cosa extraña! Plácidamente la ciudad los esperaba en la hondonada. ¡Debía ser maravilloso! ¡Pobrecita!

Pero de vuelta el cerro estuvo bravo. Lluvia con viento frío, y rayos, rayos, como me ha tocado a mí pasarlo a caballo tantas veces. ¡Siempre los rayos en mi vida!

Aturdida presintió Ana Lía que aquellos rayos no anunciaban nada bueno. No sabía nada de pragmatismo, pero sí tenía la intuición de los niños inteligentes. ¿De qué no son capaces las gentes

grandes para aprovechar, hasta la última onza, el cuerpo de un noble animal descachado en el trabajo?

Cuando llegaron de regreso los viajeros a la finca, Ana Lía no quiso ir al potrero. Su corazón lo sabía todo. ¿Por qué la llevaron a conocer Cartago? Y al potrero no volvió jamás. ¡Así nacen los recuerdos tristes que a los más imperturbables hacen llorar!

Filadelfia, Guanacaste. Finca de Pulique Guerra  
17 de mayo, 1970

# ANIMALERIAS

## III

### LA MANCHA EN LA VENTANA

El asunto de la mancha en la ventana debe explicarse. No conviene dejarlo en el misterio. La duda, el rumor y hasta la superstición, si la hubo en este caso, deben despejarse. Sobre todo es necesario tranquilizar a los niños del vecindario, cualquiera que sea la explicación del extraño fenómeno de la mancha en la ventana.

Voy a contar lo que sé, para colaborar en el esclarecimiento, aunque no creo que la incertidumbre desaparezca del todo. Esas cosas, cuando se echan a rodar, no se paran nunca. Así nacen, y nunca mueren, hasta las más absurdas leyendas.

Todo empezó cuando don Fernando Batalla le regaló el caballo blanco a mi hijo José María. Casualmente cuando el menorcito, Mariano, pasaba por esa edad en que los niños temen tanto a la soledad que inventan compañeros. No teniendo amigos de su misma generación, porque no iba a la escuela todavía, Marianito se ideó uno que lo acompañaba a todas partes. Durante meses y meses, que para él fueron eras geológicas, Mariano y "Loli" durmieron en la misma cama y comieron del mismo plato, sentados en la misma silla.

Una vez, muy serio, me pidió Marianito que detuviera el auto y abriera la puerta para que pudiese subir Loli. Ya en el auto, se entabló el diálogo-monólogo. ¿Cómo te ha ido? ¿Cuándo viniste? , como si él niño hablara por teléfono con alguien. En realidad había un interlocutor allí mismo, imaginario.

Fue en esa época, repito, que entró a la familia, y al mundo de Mariano, el caballo blanco de José María. Según los Registros Oficiales de la Real Parroquia de Orosí, el nombre del caballo era "Vaquero".

Vaquero era bien educado por abolengo, como corresponde a los criaderos de los Batalla, y también por formación, como es propio de sus famosos amansadores. Pero también Vaquero era brioso, inquieto, y se paraba de manos con sólo un toquecito del freno hacia atrás. Necesitaba jinete.

Todos entendimos pronto que Vaquero necesitaba jinete. Le sobraban fuerzas. Pero Marianito descubrió además que necesitaba otra cosa: otro caballo. ¡Pobre Vaquero! ¿Cómo iba a estar solo en aquel potrero inmenso de Curridabat, de casi media hectárea de extensión, junto a la casa familiar?

Ya nosotros le habíamos leído a Marianito los cuentos del niño Pedro que se perdió en el bosque de Rusia por andar solo, y del abuelito preocupado por el peligro del lobo, y de la Caperucita que por

milagro se salvó de ser comida. No conviene andar solo, pensaba Mariano. Ni conviene que Vaquero esté so-lito.

Bien acompañados, Mariano y su Loli manejaban su propio ferrocarril, y se iban de cacería por el bosque de Curridabat y mataban lobos, y los echaban al río, aunque no hubiera bosque, ni lobos, ni río.

También Vaquero sabía jugar como un chiquito. Relinchaba cuando los niños salían de la casa al jardín, y los seguía como un perrito doméstico. Chupaba la sal de la mano, y llegó hasta a comer pan con mantequilla. Era cariñoso. Necesitaba un compañero.

Vino el veranillo de San Juan. José, siempre generoso, aprovechó un domingo para traer desde la finca otro caballo. Lo trajo montado durante todo el día, para no pagar camión de carga. Sudoroso, atarantado por aquellos animales grandotes y desconocidos, los automóviles, llegó a la casa el Cholo.

Ya juntos en el potrero de Curridabat, Vaquero y el Cholo se miraron con recelo. ¡Este debe ser de alguna tribu enemiga! pensaba cada uno por dentro. ¿De dónde habrá salido ese concho tan sudado? , se preguntaba Vaquero. ¿Para qué servirá ese vago, tan cepilladito y luciente? , decía para sí el Cholo.

Pero aquellos dos animales, de buenos principios morales a pesar de todo, el uno blanco, y el otro retinto quemado, de tamaños y cuerpos parecidos, al verse compartiendo aquel inmenso quicuyal de casi media hectárea, se entendieron pronto sin necesidad de intérprete. De la comprensión nació la amistad, y de la amistad el cariño. Así nacen las relaciones humanas, y otras.

En noches de luna, los caballos se chupaban la nariz el uno al otro mucho rato, puestos en línea recta como hermanos siameses con las dos cabezas juntas, trompa a trompa, y con los dos traseros estirados en opuestas direcciones. Pudieran hasta parecer un solo animal, largo y simétrico, bicéfalo y de ocho patas, como parecieron al indio americano un solo monstruo, el jinete, la albarda y el caballo del conquistador español.

Pero la diferencia de color no era suficiente, aun en noches de luna, para distinguir bien a Vaquero del Cholo. Y este detalle trivial, la diferencia de color entre dos potros de tamaño y cuerpo parecidos, resultó importante después, cuando se trató de aclarar, aunque para mucha gente no se aclara todavía, el misterio de la mancha en la ventana.

En realidad el Cholo había sido de color muy oscuro como potranquito, cuando lo bautizaron con nombre tan apropiado. Así nacen los nombres.

En verso se dieron los augurios: retinto quemado, antes muerto que cansado.

Pero al cambiar de pelo quedó más claro, medio canoso, revelando con eso ser hijo, según la regla cono-cida por todos, de yegua vieja. En todo caso podía confundirse a veces con Vaquero, blanco blanco, ya fuera de día o en noches de luna.

Ya fuera de día o en noches de luna, los potros disfrutaban lamiendo con la lengua del uno el hocico del otro. Cada ser acaricia a su manera. Con aquellas lenguas largas y flexibles, sobre todo abrasivas, parecía que los cuadrúpedos trataran de pulirse mutuamente la trompa con papel de esmeril, o con cepillo de fibra de acero.

Todo eso debe con-signarse, como dicen los periodistas con gran originalidad, en esta "investigación exhaustiva". Todo tuvo que ver, según se ha visto después, con el misterio de la mancha en la ventana.

El primero que notó la mancha en la ventana fue Benjamín, el tosco jardinero podador de los duraznos. Al llegar la menguante se inició la poda, comenzando, como siempre, por los árboles que están frente a la casa; frente a la ventana grande de la sala, que llega desde el techo casi al suelo. Fue allí donde una mañana encontró Benjamín una mancha en el vidrio que llamaba la atención.

La ventana tiene un solo vidrio grande, grueso. La mancha estaba por fuera, al lado del jardín y como al alto de una vara. Benjamín se acercó a tocarla. El hombre de campo usa con mucha pericia el sentido del tacto. La mancha blanca era gruesa, gruesa, dura como la goma laca. Extrañado, pero sin imaginar la importancia que después había de tener, Benjamín raspó el vidrio con el filo del cuchillo de podar. No quedó nada.

Pero al día siguiente amaneció otra vez la mancha. Benjamín llamó a José María, mi hijo mayor, y José llamó a Mariano, el menor cito, y Mariano llamó a Loli, el invisible, y todos examinaron la mancha en la ventana. ¿Cómo se formaba? No la toquemos más, dijeron los cuatro investigadores, para observar el tiempo que dura aquí, y en qué para.

Al día siguiente la mancha amaneció más gruesa, y durante varias noches más siguió engrosando. Sólo crecía por la noche. Así nacen los misterios. A medida que engrosaba, el color blanco se oscurecía un poquito. Se volvía amarillento: Se hacía más visible.

Todo es posible. Benjamín comenzó a sospechar que la mancha tuviera algo que ver con Loli. Siempre había tomado en broma, pero con cierto recelo, al amigo imaginario de Mariano; pero ya dos cosas extrañas, juntas, llamaban la atención. Yo no soy miedoso, decía, pero desde los tiempos del difunto Miguel se ha oído decir que aquí asustan.

Benjamín suspendió la poda, no por la mancha sino por la luna. Le gustaba lograr bien los primeros días de cada menguante. Esa es una creencia campesina que nadie ha podido comprobar, ni desmentir. Todavía hay expertos que solamente podan en luna menguante. Lo que sí debo mencionar aquí, porque ofrecí contar todo lo que pueda saber, es que varias personas aseguran hoy que los cambios de luna estaban relacionados con el misterio de la mancha en la ventana. Alguna relación debía tener con la luna, dicen ellos, y no solamente con Loli.

Sucedieron otras cosas poco usuales. Primero, el accidente. El accidente fue fatal. No faltó gente que sospechase algo muy malo.

Resulta que el Cholo no sabía de cercas bonitas como las de la pequeña finca de Curridabat, con postecitos pintados; ni de portones de cedazo de aluminio. Estaba acostumbrado a los estacones vivos, rústicos, de jinocuabe, de jocote o de poro; y al viejo alambre de púas, herrumbrado, con más pegas que un rosario; y al portillo antiguo de cuatro o cinco hilos que se enredan todos cuando los paraleles de madera se pudren y se quiebran; o, en otros lugares, a la tranquera de bambú, ennegrecida por la lluvia y el sol. Todo eso se divisa bien desde lejos.

En cambio el portón que separa en dos encierros el potrero de Curridabat es de malla galvanizada, casi transparente, que no se ve de noche. Y esa malla resultó ser fatalmente fuerte en aquella ocasión del fatal accidente. La gente encuentra extraño que fuese tan fuerte. Algo podía tener esa

mallá. Tal vez algo como a modo de electricidad, dicen algunos.

Ya por ese entonces el Cholo estaba descansadito y bañado. Una tarde, anocheciendo, se le ocurrió dispararse al galope por el camino de adentro de la finquita, para impresionar a Vaquero que pastaba por allí indiferente. Cuando ya había alcanzado la velocidad supersónica equina, no vio que el portón de malla transparente estaba cerrado, y lo embistió con la frente como si fuera un ariete romano empujado por cien legionarios contra una muralla de ciudad sitiada; como si fuera don Quijote atacando con su lanza molinos de viento.

La malla cedió un buen tanto al impacto, pero no se rasgó. Se hizo un canasto. Más bien el sopapo en la frente del caballo se transmitió hacia atrás por el pescuezo, dislocando varias vértebras. ¡A saber cuántos nervios tronchó! Lo cierto es que el pobre animal se desplomó sobre el camino cual si lo hubiese fulminado un rayo, como decimos los que usamos frases nuevas.

Fulminante fue también la impresión para Mariano y José. ¡Ver al amigo que un rato antes se lamía la trompa tiernamente con Vaquero, tendido de pronto en el suelo, más tieso que un garrote, con los cuatro casquillos al viento y los ojos grandotes abiertos, que miraban fijamente implorando compasión o lanzando reproches! ¡Felices los que ven todavía! , parecían gritar aquellos ojos.

Hubo que llevar lejos a los niños para enterrar al Cholo entre unas cepas de guineo de sombra en el café.

Pero no fue fácil borrarles de la mente en poco tiempo, sobre todo por las noches, aquella mirada de dos ojos grandotes, que salía por entre cuatro casquillos estirados hacia el cielo.

Los hijos de Benjamín, más campesinos que los míos, sabían mucho de magia. Nada tendría de extraño, decían ellos, que el Cholo volviera por las noches a lamerse con Vaquero. Tal vez en las noches de luna. Sobre todo habiendo tenido aquella muerte tan extraña, tan sospechosa. Cosas más raras se han visto, decían, que volver al mundo un caballo muerto, a buscar a un compañero tan querido. Y así mantenían en la mente de Mariano y José la imagen impresionante de los ojos sin brillo y los cascos inertes.

Todavía peor, Vaquero anduvo varios días con los ojos húmedos y con la nariz derretida. Benjamín, con toda naturalidad, diagnosticó morriña. Pero los niños dijeron que Vaquero lloraba.

Y siguieron las cosas raras. Una noche oscura, temprano, estando mis hijos en la casa de Benjamín y su familia, como quien dice en el rezo de los nueve días del Cholo, se oyó claramente el pasitrote de un caballo bien herrado que bajaba ligerito por la cuesta del camino. El Cholo había muerto bien herrado, y el camino era de piedra de río.

La mujer de Benjamín se asomó por la puerta y gritó: ¿qué es eso que viene allí a caballo, un hombre con dos cabezas? Todos corrieron, y todos entendieron, al menos de momento, la causa de aquel susto tan sin gracia.

El jinete era un hombre de campo, descalzo, con polainas y con espuelas. Sostenía en la mano derecha la rienda de mecate, y con la izquierda abrazaba con cuidado un gran rollo de matas de café, almacigo para la resiembra. El rollo tenía la forma de un ramo grande de flores, y seguramente venía a la altura de la cabeza del jinete cuando la mujer lo vio por la puerta. Ese era el hombre de las dos cabezas.



Cosa inocente, pero no en aquellas primeras noches de la nueva menguante, oscuras, oscuras, y acabando de morir de manera misteriosa el Cholo. Algo de efecto quedó. ¿Por qué no podía una de las dos cabezas convertirse en un ramo de flores, o de almacigo, al bajar del caballo aquel hombre descalzo, con polainas y con espuelas, y al acercarse a la puerta de la casa? ¡Cosas más raras se han visto!

Ese susto que les he dado sin querer es nada, dijo el hombre ya sentado en la cocina, tomando café. Allá donde nosotros están pasando cosas peores. Pero los niños no querían oír más.

José ha sido buen jinete y buen observador desde pequeño. Como sin querer desvió la conversación. Usted es hombre de a caballo, le dijo al visitante. -¿Y por qué lo nota usted, jovencito? - Porque usted hace pasitrotear bien la bestia cuesta abajo, hasta sin freno, con solo el bozal de mecate. No es cualquier inútil el que baja así a caballo.

El jinete pareció agradecer el elogio, pero más bien se animó a seguir con el cuento de las cosas extrañas que pasaban en su barrio. Los niños de Benjamín, por supuesto, lo acabaron de animar.

Por allá donde nosotros nada pasa mientras las noches son de luna. Pero después de la llena, tempranito, hay un rato de oscuridad completa, y a veces se oye pasar una carreta. Y allá nadie tiene bueyes. Ni nadie tiene por qué bueyar de noche, y mucho menos en menguante. Y por la mañana no se puede averiguar por las huellas quién pasó en la noche con bueyes enjugados, y con carreta.

Y no crean que son sueños. La carreta es sonadora, claritica, como de ruedas de guapinol o de caoba. En cualquier piedrita canta como carreta de niño rico, como por decir: ¡aquí voy yo!

Los hijos de Benjamín conocían la historia de la carreta sin bueyes, que se ha oído en muchas partes, casi dondequiera que asustan. Especialmente cerca de las quebradas, donde se sienta a peinarse la Llorona. En las noches oscuras, cuando sale el Cadejos a cazar conejillos, porque es mentira que come gente, la carreta sin bueyes pasa por donde uno menos piensa, y ni huellas de las ruedas deja.

Pero también puede ser otra cosa, dijo el hombre descalzo, con polainas y con espuelas. ¿Será que uno es malicioso? Hemos puesto cuidado, y la carreta nunca pasa cuando no está encendida la carbonera en el bajo, la que hace Casimiro, el dueño de un encinal muy bueno ahí donde nosotros, que por cierto tiene su buena casa arriba en Concepción.

Casimiro tiene un peón que le alista la leña, y baja de quince a quince a encender la carbonera. Tiene además dos yuntas, y su buena sarchiseña que le sirve para todo. Sin hablar mal de nadie, Casimiro tiene también un hijo ya grande que no es nada legal. Gasta mucho, y hasta novia tiene. Yo un día me animé y le pregunté al muchacho que si estaría alguien robándole el carbón al tata, porque allá donde nosotros se oye pasar una carreta sonadora, en las noches oscuras. Pero el muchacho dijo que no, que nada han echado de ver ellos en la carbonera y que Dios guarde porque el papá de él es muy bravo.

¡No hay quite! Tiene que ser la carreta sin bueyes. La misma que asusta en muchas partes. José y Mariano, y seguramente Loli, y los hijos de Benjamín, quedaron convencidos, y con miedo. ¡Tantas cosas raras se están viendo!

Ya por este tiempo Mariano y José no estaban seguros de si venía o no venía por las noches el Cholo a lamerse con Vaquero. Todo puede ser. Cosas más extrañas estaban sucediendo.

Vino un temporal, y llovió y llovió hasta que el suelo se puso suave en el potrero. Y el suelo suave contribuyó no sé si para bien o para mal, a enredar más las cosas al principio, y a encontrar al fin una mediana solución, si es que la hubo, al misterio de la mancha en la ventana.

Comenzó a formarse barro junto a la casa, en la orillita del potrero que está, precisamente, frente a la ventana de la sala. La ventana grande, de un solo vidrio grueso, que llega desde el techo casi al suelo.

Si no hubiera sido porque allí mismo apareció antes la mancha, ni Benjamín ni sus hijos ni mis hijos ni Loli hubieran encontrado extraño aquel barro en aquel punto. Pero ahora sí. Había misterio. ¿A qué hora de la noche se formaba el pateadero? ¿Cuál animal, persona o espanto, lo formaba? ¿Qué misteriosa relación había, entre el barreal en el suelo y la mancha en la ventana? ¿Qué tenía que ver todo aquello con la luna? ¿Por qué aparecían el barreal y la mancha en los mismos días de la poda del durazno? ¿Por qué siempre en menguante? ¿Por qué siempre la luna?

La luna es la novia del boyero, y Benjamín había sido boyero muchos años. Quien viaja mucho tiempo de noche, a la velocidad de dos kilómetros por hora, inevitablemente se gradúa como astrónomo lunar. Y a pesar de sus méritos como boyero, Benjamín explicaba todo a los niños con humildad, como si él fuera un simple profesor de Astronomía.

Durante las dos semanas anteriores a la llena, decía Benjamín, cuando el sol se pone, y anochece, ya está arriba la luna. Al principio es un machete angosto que alumbrá poco rato; al final es casi una bola que marcha en el cielo hacia atrás, con la espalda al Oeste y las dos puntas hacia el Este. El boyero expresaba su regla en verso: Luna creciente, cuernos al Oriente.

Durante las dos semanas que vienen después del plenilunio, seguía narrando Benjamín en su astronómico romance, todo el proceso se invierte. El machete es ancho al principio, y angosto al final del período. Es la menguante. El machete viaja por el cielo con la espalda hacia el Este y las dos puntas al Oeste. Y el verso continuaba: luna menguante, cuernos adelante.

Las gentes de ahora no saben nada de la luna. ¡Pobrecitos! , meditaba Benjamín en voz alta. No la ven nunca. En mi tiempo nadie meneaba un dedo sin calcular a qué hora debía salir la creciente, o ponerse la menguante.

Ya he dicho que la creciente es la media luna que aparece cerca del Oeste al ocultarse el sol, y alumbrá parejo una hora, dos, tres horas, cada noche más, y al final toda la noche, cuando es la llena. Ese es el mejor tiempo de bueyar. Sobre todo, a nadie se le ocurriría viajar, en jornada larga, durante el día, porque los bueyes se asolean. Y no cualquiera se animaba en aquel tiempo a pasar en hora oscura el Alto de Ochomogo, por ejemplo, porque siempre había temporal, pegaderos, y a veces hasta difuntos, o luces raras.

No había otro tiro que calcular bien la luna cuando jalábamos carga lejos, lejísimos, como digamos el dulce del Trapiche de los Arias en Curridabat, que lo llevábamos hasta la pulpería de Rubén en Taras de Cartago. Todo el volado estaba en que la puesta de la luna menguante, con la madrugada oscura, nos tomara por lo menos al otro lado de la cuesta.

Aquel viejo boyero, ahora jardinero por el avance de la edad y por otras circunstancias, se fue entusiasmando con sus recuerdos. A ningún tonto se le ocurre cortar madera en creciente, dijo, cuando está lechosa y se la come el comején. Cada trabajo a su tiempo, muchachitos. La isperiencia

es madre de la ciencia. Y terminó su nostálgica disertación en verso: luna creciente, enyugar y bueyar; luna menguante, podar y voltear.

Pero faltaba una advertencia: les repito que al principio de la menguante, la primera hora de la noche, o las primeras dos o tres horas, o más, son negras, negras. Cada día que sigue, la negrura dura más, porque se atrasa un tanto más la salida de la luna, que es una aurora de plata por comparación con la del sol, que es de oro fino.

Pongan cuidado, hijitos: ese período de oscuridad negra, negra, que antecede a la aurora de plata, es el que aprovechan para salir en sus fechorías los espantos. Ese rato es la hora mala. Eso se ha sabido siempre.

Cuando yo era muchacho y venía de Corralillo a caballo, por-que mi tata era de Tarrazú y era pudiente y hasta bestia tenía, ni por la perra me cogía la hora mala en el cerro solitario del Tablazo. Las gentes conocedoras saben bien que allí, entre los zafaderos de tierras coloradas, es donde han sucedido las cosas más misteriosas.

Ya los hijos de Benjamín habían ilustrado bien a José y a Mariano sobre varios de los peligros. Hay que tener prudencia y no salir de la casa después de la llena. Es mejor ir al día siguiente, y buscar por la mañana las diabluras que hicieron los espantos. El que sabe, sabe. Aquel pateadero y aquella mancha en la ventana se formaban seguramente en la hora mala. Esas eran las pruebas de que estaba apareciendo el Cholo. ¿Quién podía dudarle?

Como ya estábamos otra vez en menguante, Benjamín mañaneaba con su poda. Rayandito el sol Mariano y José salieron un día de la casa, y ahí estaba Benjamín ya, podando duraznos, y ahí estaba fresco el barreal, y . . . ¡ahí estaba otra vez la mancha en la ventana!

De nada valió raspar la mancha con el filo del cuchillo. Otro día por la mañana la mancha estaba allí en el vidrio grueso, por fuera, al lado del jardín, como a la altura de una vara.

La curiosidad fue más fuerte que el miedo. Mientras nadie expresó la idea que todos tenían, el plan de cuidar toda la noche, nadie pareció cobarde por estarse tranquilo en la casa. Pero al fin José tiró la bola. ¡Siempre José! ¡Nos quedamos escondidos esta noche y veremos quién se acerca!

Marianito encomendó a Dios su alma y la de Loli. ¡Qué no daría por no meterse a policía, ni a valiente, ni a hombre grande como José! Pero fue más el orgullito que el miedo, y Mariano se quedó. La esposa del jardinero, bien conocedora de esas cosas, no permitió que sus hijos se arriesgaran. Permanecieron Benjamín y Josecito, y Mariano y Loli. Y la vanidad prevaleció hasta sobre el sueño. ¡Había que cuidar! Los dos niños míos parecían más valientes que dos mariscales de Napoleón. Pero la procesión iba por dentro.

La luna debía asomarse dos horas después de retirarse el sol. Aquella oscuridad y aquel silencio se hicieron un siglo. Acurrucados tras un matón de veranera y cubiertos por un pedazo de manteado, los vigilantes eran mudos, ciegos y sordos. Eran una sola pelota de carne y de miedo, cerquita de la ventana.

No se ha podido averiguar qué sucedió primero, como a la hora y media después de anochecer: si se adelantaron unos rayitos de plata como heraldos de la luna, o si los ojos se acostumbraron a la oscuridad, y los oídos al silencio. Pero, efectivamente, coincidiendo con un ligero ruido de chas chas sobre el zacate, comenzó a menearse un bulto.

Un campesino de Curridabat llamado Marcel Proust conoce muy bien la parte que sigue de la historia. Algunos dicen que don Marcel es latoso. Tarda media hora en describir lo que alguien siente al acurrucar la cabeza cansada, en noche de frío, en el tibio nidito de la almohada de plumas.

Yo más bien le he suplicado, aun sabiendo que resultará aburrido, que explique en detalle lo que pasó en aquel rato de menguante, con los cuernos adelante. Así, quien lea con cuidado podrá al menos despejar una parte de sus dudas, en el célebre misterio de la mancha en la ventana. Digo, si en verdad hubo misterio.

Según el señor Proust, los cuatro observadores, incluyendo a Loli, en un momento dado creyeron ver que unas ramas de durazno se movían. Un bulto indefinible se acercaba a la ventana, sin hacer otro ruido que un lento chás-chás en el barro del potrero. Loli se agarró a Mariano, Mariano se agarró a José, y los tres se agarraron a la falda de Benjamín.

Todos se arrepintieron de haberse metido a investigar lo que no les importaba. De todas maneras, presentían ellos ya, jamás quedará claro el fenómeno de la mancha en la ventana.

Un minuto puede durar un día. Los diez minutos que tarda un amanecer de plata pueden ser una vida. Por fin, allá abajo en el patio de la casa de Benjamín, el gallo cantó. Y el canto del gallo pareció descorrer un velo, y todas las formas parecieron dibujarse mejor en la penumbra.

¡Ahí está! , dijo, bajito, Mariano: ¡El Cholo! . ¡El Cholo! , medio murmuró José. ¡El Cholo! , yo lo había dicho, Benjamín pontificó.

La luna disparó un poquito más de plata en polvo. El fantasma caballar se vio más claro, parado en el barrial con el pescuezo estirado hacia adelante. Apenas alcanzaba con el hocico el vidrio de la ventana. Lo alcanzaba como al alto de una vara. Y la lengua del fantasma, aquella lengua larga y dúctil de esmeril que en vida acariciaba las narices de Vaquero, ahora se pasaba con igual fruición por sobre el vidrio. El misterio seguiría, sin duda, pero algo estaba claro ya, o casi claro: aquella lengua del fantasma, punzante como una brocha de fibras de acero, debía .ser la dibujante de la mancha en la ventana.

Marcel Proust, campesino de Curridabat, sabía leer, y leía siempre el almanaque, y por eso sabía tanta astrología. Le interesaban los fenómenos que causa la orientación de la luz. Algunos templos de Egipto, y otros del Alto Perú, según sus lecturas, miran al Oriente con tan perfecta orientación, que en dos días del año, y sólo en esos dos días, cada seis meses, en los equinoccios, cuando el sol gira sobre la línea del Ecuador Terrestre, los rayos luminosos del amanecer entran horizontales por la puerta sagrada de la iglesia, y siguen rectilíneos hasta el fondo, e iluminan por un segundo el punto más sagrado del altar.

Luego el Astro Rey, cumplida su visita equinoccial, sigue su viaje en espiral hacia el Norte o hacia el Sur, llevando a los unos la tibia primavera y a los otros el frescor otoñal. Y ¿qué tiene que ver eso con don Marcel, o con la mancha en la ventana? Varias cosas más les esperaban, por audaces y curiosos, a Benjamín, Mariano, Loli y José. Cosas igualmente extrañas se habrán visto alguna vez, pero más extrañas no. Por eso las dudas y los rumores, y la superstición, si la hubo en este caso, han seguido rodeando el misterio insoluble de la mancha en la ventana.

Toda orientación es importante, observaba don Marcel. La orientación intelectual. La orientación moral, la orientación visual.

Desde el punto donde estaban los observadores, y desde el cual dirigían la mirada, escondidos tras el matón de veranera, los tres o cuatro detectives veían al fantasma solamente de perfil. Veían bien un anca, un lado de la panza y del pescuezo, una oreja, y, como al alto de una vara, el filo de la lengua que pintaba la mancha en la ventana.

Así como el salir del sol da esperanza al enfermo grave, el salir de la luna dio valor a Mariano y Loli, Benjamín y José. Conversaron algo, bajito, como los deportistas acordando una estrategia, y el Cholo nada oyó. De todas maneras, según se cree los fantasmas no oyen nada.

Ponga cuidado el lector a los detalles ahora, si quiere aprovechar la descripción minuciosa de Marcel Proust, campesino de Curridabat, muy detallista. Si no, nunca entenderá ni siquiera la parte entendible del famoso misterio de la mancha en la ventana.

Los estrategas acordaron abandonar la posición segura que tenían tras la cepa de bugambilia. Se arriesgaron a dividir el grupo en dos patrullas de reconocimiento: Benjamín y Mariano, con

Loli, irían quedito, quedito, a mirar el caballo fantasma por detrás, como viendo hacia la sala de la casa. José entraría en la casa por el lado, e iría a situarse en la puerta que va del corredor a la sala, para ver el fantasma en dirección opuesta, como mirando hacia la frente del animal. Como la casa estaba a oscuras, y afuera había luna, José podría ver el caballo sin ser visto, en caso de que vean algo los fantasmas.

Pronto notó Benjamín después de poco arrastrarse, que los dos viejos palos de aguacate con las dos copas tan cercanas, sólo dejaban pasar la luz de la luna por un canal estrecho hacia la ventana de la casa. En ese canal de luz estaba parado el caballo, precisamente sobre el barrial, o pisoteadero, lamiendo el vidrio. Tal vez por eso amanecía la mancha siempre en el mismo lugar de la ventana. Tal vez los fantasmas necesitan la luz de la luna para sus fines.

Con poco más que Mariano, Loli y Benjamín se arrastraron bajito, bajito, procurando no proyectar sombras, llegaron a una distancia como de tres varas de las nalgas del caballo fantasma. Miraron hacia la casa y se les fue helando la sangre.

En ese momento José, ya por dentro, asomado por la puerta del corredor y mirando por entre la sala oscura la claridad lunar en el jardín, veía un cuadro totalmente distinto al que miraban los de afuera.

¡Miren, miren!, gimió Mariano, sin gritar todavía. Adentro, en la sala de la casa, ¡hay otro caballo! Córranse a un ladito para verlo bien. Mil veces más se arrepintió de haberse metido en la aventura. ¡Miren, miren, los dos caballos se lamen los hocicos! ¡Miren las dos lenguas juntas! ¡Miren cómo se chupan! El de adentro es de color un poquito más oscuro. No es Vaquero, cuchicheó el viejo Benjamín. ¡El de adentro es el Cholo! Seguro que no puede salir al potrero, porque no está vivo. El de afuera es el más blanco. ¡Es Vaquero! ¡Claro está! Vaquero vive en el potrero. Estábamos equivocados. ¡El potro de afuera es Vaquero!

Según entendieron ahora, Vaquero tenía cita con el espíritu del Cholo, que estaba encerrado en la sala, cada menguante al salir la luna, y al pasar la luz por entre los dos aguacates. Eso lo explicó al momento Benjamín. Lo que no entendía era por qué los espíritus tenían encerrado al Cholo en la sala de la casa. Toda la casa es bastante nueva, decía. ¡Aquí nunca se ha velado a un muerto todavía! ¡No tiene por qué haber aquí espantos!

Sin querer, Benjamín se puso en pie. Dentro de la sala oscura creyó ver a José, detrás del Cholo.

¡Pero no es José el que está parado ahí! , comenzó a decir Marianito, ya casi gritando. José no tiene sombrero. Aquel sombrero es el suyo, Benjamín, y la figura es usted mismo. ¡Me muueeero!  
¡mamá-a-a-a-a-a!

Al oír el grito de Mariano, José tocó el botón eléctrico. La sala se iluminó de pronto, y la ventana, sin la oscuridad en la habitación, dejó de ser espejo. Vaquero dejó de verse a sí mismo, adentro, y tal vez, tal vez, dejó de creer que era el Cholo quien lo besaba a la luz de la luna...

## CAMPESINERIAS

*Sección Literaria de La República,  
noviembre de 1970.  
Coordinador Luis Burstin*

**Dedicado a Jaime Gutiérrez,  
alumno de Pedro Venegas.**

### POR TREINTA PESITOS

Cuando Cecilio llegó al corredor de la casa principal bajo aquel aguacero, don Cándido adivinó a qué venía. Cecilio entró, cerró el paraguas empapado, y saludó a don Cándido: taardes. La mano era tiesa, inflexible. La mano del peón no se dobla para estrechar la otra, porque el puño del machete la deforma día con día, año con año, exigiéndole un esfuerzo entorpecedor que no previó la evolución universal.

Tampoco previó don Cándido cuando volvió de Estados Unidos a Costa Rica y se hizo finquero en Tarrazú, a los 21 años de edad, con la cabeza henchida de libros, que debía aprender dos nuevos idiomas, no usados en los clásicos textos de la Biblioteca Pública de Boston ni en los tratados de ingeniería que ahora leía en la finca, con luz de candela: por un lado, el idioma de la tierra, que canta con voz de chicharra en los soles de marzo, cuando vienen las lluvias, celebrando la siembra de la milpa; y canta con voz de silencio en el invierno, mientras hace que el maíz crezca. Por otro lado, el idioma del peón, que se expresa con gestos y emociones, más que con palabras. Sin necesidad de diccionario, es el intérprete entre la tierra y el hombre.

Conocer es querer. Don Cándido se enamoró de la tierra y del peón, y más los amaba cuanto mejor aprendía su vernácula lengua. No hay como sembrar en seco, en un rastrojo terronudo, bien asoleado, sabía decir ya don Cándido. Cecilio es un peón de todo oficio, aseguraba. Muy aseado en las desyerbas, pero le jala la calle a cualquiera. Riega frijoles muy parejo. Es lerdón para echar cercas, pero le quedan derechitas. Así hablaba ya don Cándido, a los pocos meses de haberse convertido en hombre de campo. Así nacen los idiomas.

Cecilio venía a casa del patrón aquella tarde, por supuesto, a seguir negociando el empréstito, como se dice ahora. Venía sin estudios de factibilidad y sin flujos de caja, pero sí con su plan de inversión bien definido. Cecilio necesitaba treinta colones para curar a su hijita.

Quienes lean hoy la historia encontrarán el negocio pequeño y sencillo. Pero aquellos eran los años 30 de la Gran Crisis Mundial, cuyos estragos bajaban desde lo alto de los rascacielos de *Wall Street*, donde se supone que se estabiliza la moneda, hasta el fondo de los peñones de Tarrazú, donde inevitablemente repercutía el hambre. Es fácil perjudicar a otros seres sin conocerlos, y sin saberlo. Así nacen las tensiones sociales, y las guerras.

Treinta colones eran una suma respetable. Suma respetable quiere decir, entre nosotros los banqueros, que don Cándido no la tenía.

Pero esa no era la mayor dificultad. Había en la operación otro factor inquietante, como dicen los analistas, con perdón por la mala palabra. Don Cándido sentía que Ceciño le ocultaba detalles. Y como era un alma transparente, al no dar ahora todos los datos, absolutamente todos, algún motivo extraño tendría. Don Cándido quería conocer el motivo de aquella reserva.

Para traducir el asunto a términos modernos, usados para atrasar las operaciones cuando la plata precisa, diré que don Cándido emprendió la evaluación del proyecto.

Gracias a Dios, en Costa Rica no se trata al peón de vos, sino de usted. ¿Usted está seguro, Cecilio, de que Vera se siente tan mal? ¡Usted viera, don Cándido, los ataques que le dan! Y no hay nada que la mejore. Le hemos dado agua de malva, paregórico y hasta esencia coronada. ¡Y nada! Cuando voy con la familia a San Marcos algún domingo, y me queda con qué, le pago a echar unas inyecciones muy buenas que pone allá el boticario. ¡No hay mejor remedio que una buena inyección! Y a mí me cobra sólo un peso, por ser pobre. Pero Vera sigue lo mismo.

Pero, Cecilio, yo pensé que cuando se hizo la peregrinación a Cartago para la Virgen de Los Angeles, y varios de ustedes fueron por conocer la gran ciudad, se llevaron a Vera para que la examinaran allá en el Hospital.

¡Sí señor! La desaminaron todita, y al tiempo vino el ditamen. Tenía amebas, tricocéfalos, y hasta glóbulos rojos. Todo eso se curó con la yerbabuena, y con los ajos majados, porque las pildorillas que dieron se nos acabaron pronto. Pero el hombre que trajo la razón me dijo en confianza: lo que tiene Vera es ispilépsis. Por eso le dan los ataques. Los animalillos en la pancita son poca cosa.

Pero recuerde que el abuelo de Vera era tomista, y que de tomar mucho guaro salen los chiquillos con ispilépsis.

Varios me aconsejan que sólo echándole el rayo equis se cura. Al menos Aníbal, el primo de mi mujer, está fijo en que ese es el remedio. El estuvo allá afuera un tiempo. Es muy pata caliente. Trabajó en el hospital casi tres meses fregando los pisos, para ganarse una plata. Allá gana mucho la gente. Aníbal aprendió bastante, y dice que allá lo que más recetan es el rayo equis.

Pero mi esposa Socorro no le tiene fe a eso. Un hermanillo de ella tenía las costillas quebradas, porque le cayó un palo encima volteando para una socola. Lo llevaron afuera en carreta. Hasta doce pesos le ganaron por el viaje, y tuvimos que ponerlos entre muchos. Lo que hicieron allá fue echarle el rayo equis. Pero vino todavía con un dolorcillo como de viento encajado, y aquí le buscamos un buen sobador, y al tiempo se compuso. ¡No hay como la cosa criolla!

Las arenas movedizas comenzaron a moverse en el cerebro de don Cándido. Tras una juventud de lecturas y de viajes, y de tomar en serio la lógica y la cultura; aislado ahora en la jungla de los cerros tarrazucoños, separado de la metrópolis por dos días y dos noches de barro y de cuestas, sin más anclas en el mar de la civilización que unos libros y una candela, don Cándido temía ahogarse en las aguas terapéuticas de Ceciño y de sus gentes.

¿Si la pobre niña es epiléptica porque el difunto Rivera tomaba licor, cómo la va a curar usted con los treinta colones? , preguntó don Cándido tratando de volver las cosas a su mundo.



Pero Cecilio tenía sus motivos misteriosos para no dar muchos detalles. Prefirió pasar el asunto del campo clínico al campo financiero. Vea, don Cándido, dijo con gran dignidad: ¡treinta pesos de deuda no afligen a un jornalero! -¿Qué quiere usted decir? — Pues que yo los he debido, y no ahora que el jornal está bueno, a uno cincuenta el día, sino antes de venir usted, cuando era un colón a las dos de la tarde; y los he pagado.

Pregúntele a Miguel, el que tiene la pulpería, mejor dicho la truchilla, en el Alto de San Francisco. Ese hombre es muy bueno. A mí me prestó la plata cuando tuve que pagar la multa de mi hermano menor, porque se tomó unos tragos y machetió al carajito que le había quitado la novia. A un jornal por semana me fui llevando la jarana, cuando encontraba trabajo.

En menos de dos años puse abajo la carga. Sabe lo que hicimos en casa? No volvimos a cocinar los frijoles con manteca, ¡ni falta que hacen los lujos! Y nos acostábamos con el fogón encendido para no comprar candelas. De por sí eso era lo que todos hacíamos cuando yo estaba chiquillo. No como ahora, que uno se vuelve sólo gustos. De por sí, gastar plata en candelas y acostarse tarde, sólo para malas tentaciones sirve. De eso es que la gente nueva es tan revuelta ahora.

Como en aquel tiempo no existía el Banco Mundial, no se sabe si los antecedentes de pago y las reflexiones sociológicas de Cecilio podrían ser factores determinantes, a falta de balances de situación certificados, para aprobar o rechazar el proyecto de los treinta pesitos.

Pero don Cándido estaba interesado en la enfermedad de la niña más que en el plan financiero, o en las malas costumbres modernas. Enderezó otra vez el diálogo hacia Vera.

—La epilepsia es un mal difícil. ¿Cómo la va usted a curar con los treinta pesos?, insistió. Cecilio lo miró con tristeza como reconociendo que se vería obligado a descubrir sus secretos, o parte de ellos. Después de un minuto de mirar y callar, exclamó: ¡Pedro!

-¿Quién es Pedro? , preguntó don Cándido. Entonces la mirada de Cecilio fue compasiva. Aquel pobre hombre rico, caballero de afuera, como se les decía a las gentes de la ciudad, que allá en el monte se pasaba la noche leyendo como un tonto, no sólo había venido a Tarraza sin saber nada de volteas en menguante, ni del maíz de rojo, ni de los daños de los pizotes en los maizales, sino que no conocía siquiera a Pedro, el mejor curandero de todo Frailes y Bustamante. ¡El Premio Nobel de la medicina tarrazucaña!

—Por treinta pesitos me la da curada, explotó Cecilio. El domingo pasado me lo propuso él mismo, y ese hombre es de una sola pieza! Por treinta pesitos me le espanta la ispiépsis! ¡Pobrecita! Y se le salieron las lágrimas. La verdad es que esos doctores de allá afuera se vuelven sólo gastos y palabras que uno no entiende, continuó. Y en veces resultan mejor los de estos lados. Lo que es Pedro . . . Pobrecita Vera . . . desde chiquilla era tan alvertida ... y se le nublaron los ojos otra vez. ¡Pobrecita Vera!

El miedo para los pelos, tal como la emoción épica eriza la piel. Los sentimientos se expresan a menudo sin palabras. La admiración se nota por fuera, en la mirada, en la cara, en el tono de la voz. Con todo eso se expresaba Cecilio cuando hablaba de Pedro Venegas. Había guardado ese secreto hasta ahora, precisamente porque el solo nombre de don Pedro le producía una temerosa admiración.

—Nunca le falta el almanaque de Bayer, donde están toditos los remedios. Tiene en la casa un

chiquillo que estuvo dos años en la escuela y le paga algo porque le lea, como si eso de leer fuera trabajar.

A Cecilio le pareció que toda la cirugía del almanaque de Bayer, muy bien explicada por él, no había impresionado suficientemente a don Cándido. Y como ya estaba dispuesto a quemar todo el parque para conseguir los treinta pesitos, se fue acercando de nuevo al oído de su patrón, poco a poco. No había más remedio que confiar en él más aún, y revelarle más secretos. Por dicha no había nadie más en aquel corredor. Más bien, el aguacero no dejaba oír. Cecilio se medio tapó la boca con la mano, y dijo como con un susurro en voz alta: ¡Hasta maleficios cura! ¡Y la ispiépsis . . . usted sabe!

Las arenas movedizas del cerebro de don Cándido se movieron aún más. ¿Cuál es el mundo real? ¿El de la Biblioteca de Boston, con Voltaire y con Carlyle, o el de las peñas de Tarrazú, con Pedro y con Cecilio?

—Y ¿cómo sabe usted eso, Cecilio? ¿Qué son los maleficios, y cómo los cura don Pedro?

— ¡Ah!, dijo Cecilio con desdén, recordándole a don Cándido el decir de Sancho a don Quijote, ¡y cómo anda Vuesa Merced mal de esos cascos!

¡No conocer los maleficios, ni a los encantadores que los espantan!

Razón tiene mi mujer, pensaba Cecilio; ¡este hombre es bueno, pero no sabe nada. Un día vio unos chiverres en la troja de la viuda Adelina, y en aquella helazón de clima se le ocurrió preguntar que si eran sandiyas! No sabe que la sandiyya es de la pura bajura caliente. Este hombre es de viaje ignorante... ¡puros libros!

Al mismo tiempo don Cándido pensaba: conocer es querer. Cuanto más conozco la tierra<sup>1</sup> y al peón más los amo. ¿Si no sé yo cómo germina el maíz en el misterio de la tierra, por qué ha de saber Cecilio cómo se cura la epilepsia en el misterio de la vida? El peón es el intérprete sin diccionario entre la tierra y el hombre; entre misterio y misterio.

Le voy a contar un cuento, dijo Cecilio, para que sepa. El cuento tiene que ser cierto, porque me lo han contado varios que han ido a Bustamante a traer medicinas, y a todos se los ha contado el mismo don Pedro.

Pedro es un hombre grandote y bigotudo, y sale a caballo en una yegüita chiquitita. Por algo será que esa yegua lo aguanta, dicen muchas personas maliciosas que han visto por ahí luces de noche y han oído los aullidos del Cadejos. Nadie se pone en menos tiempo que Pedro, desde la caballeriza de San Miguel de Desamparados hasta su casa, en los bajos de Bustamante.

—¿Y cuánto tarda? le interrumpió don Cándido. Bien bien no se ha sabido, porque no tiene reloj ni sabe leerlo. Pero los de Corralillo dicen que por ahí pasa siempre volandito, como semilla de guaba. Don Pedro tenía en la casa un gallito de pasión, siguió diciendo Cecilio, y el gallito era nacido en Viernes Santo. Esa casualidad tiene que ser cierta, porque el mismo don Pedro la contaba. ¡Quiriquiquí! cantaba el gallito, y se quedaba en el último quí un rato larguísimo, el más largo que se ha oído por todos estos lados. Por algo sería que el gallo de Pedro cantaba tan largo, dicen todavía hoy los vecinos maliciosos. ¡Algo tenía ese gallo!

Y el cuento continuó: Una mañana clarita de julio, que anunciaba el diluvio por la tarde, don Pedro

y su yegua, montado él en ella, salieron de San Miguel, subieron la Cuesta del Tablazo y cruzaron el Alto de Colpachí. Desde allá arriba se divisa, por sobre la gran hondonada del río Candelaria, como todos ustedes han visto, la finquita de Pedro, al otro lado, en la falda de Bustamante.

Esa mañana, en cuanto Pedro alcanzó a ver las tejas de su casa como a hora y media de camino todavía, empezó a cantar su gallo de pasión, y él lo oyó desde allá arriba, quien sabe por qué. Esas son las cosas raras. Sería cuestión del viento, o, lo más seguro, de algún encanto. A ese hombre siempre le pasan cosas extrañas. Ese gallo que ahora canta, pensó don Pedro, algo tiene en la garganta. Antes que ese gallo pare su canto, he de llegar yo a mi casa, como quien viaja en bestia ajena y con espuela propia. ¡Y se las puso!

No se sabe bien si la yegua voló por derecho, sobre la hondonada, como dicen algunos, o si el gallo aguantó el canto hasta que la yegua llegó a la casa por el camino. Pero es cierto, porque todo el mundo lo sabe, que abrir Pedro la tranquera del corral, y terminar el último quí del gallito, y caer muerto, fue una sola cosa. ¡Pobrecito el gallo! Pero había razón: la mujer de Pedro estaba con un ataque de hogo, que ya casi no resollaba.

Por cierto que de eso vino el pleito de don Procopio con Juana, su mujer, en el sesteo de Corralillo, agregó Cecilio. Procopio dijo delante de varios boyeros que quién sabe . . . quién sabe cómo había andado el asunto de la yegua y el gallo de Pedro. Casi dio a entender que a don Pedro ya lo habían cogido antes en varias mentirillas.

Pero Juana sabía mucho catecismo y dijo que para el poder de Dios... Recordó que también la ballena se tragó enterito a Jonás, siendo grandote, y la boca de la ballena chiquitita. Procopio se sonrió como con malicia, y Juana se puso muy brava. Le dijo masón, protestante y comunista, y casi se agarran del pelo. Por fin transaron el asunto porque ya era hora de acostarse, y quedaron en que Jonás se tragó enterita la ballena. Así nace la Historia

Ya entonces era don Cándido el que se sentía desahuciado. Casi se lo habían tragado a él enterito las arenas movedizas cerebrales. Ya prefería creer que Pedro cabalgaba en el gallo de pasión, a la velocidad de la luz, y que el canto de la yegua era más largo que una ópera de Wagner. Simplemente por decir algo preguntó: —¿cuándo le propuso don Pedro a usted el negocio, de curarle los ataques de Vera por treinta pesitos?

Entonces Cecilio cometió el error de su vida. Contó que se habían encontrado el domingo en la ermita de Frailes, y que Pedro andaba muy preocupado porque tenía que hacer el último pago de la yegüita. Por casualidad don Cándido había hojeado la noche anterior algún texto bancario, y pensó en voz alta: Pedro está sin plata; está en situación de iliquidez. Cecilio lo oyó, y agregó: ¡de viaje! ¡está de viaje liquidado!

- ¿Y cuánto necesita don Pedro para el último pago de la yegua? ¡Treinta colones! Ahora el confundido fue Cecilio. Se mordió la lengua, y no encontraba manera de salvar del naufragio su préstamo. Decidió multiplicar sus alabanzas a Pedro, porque necesitaba creer. ¡Pobrecita Vera . . .! Aunque fuera volver a cocinar los frijoles sin manteca y acostarse a la luz del fogón, pero creer. ¡Pobrecita Vera . . .! ¡Pedro podía salvarla! Era cuestión de creer. Así nacen los milagros.

Para evitar la ruina del proyecto de los treinta pesitos, como el último agarradero para la niña que se ahogaba ante la violencia de las olas, Cecilio llegó al extremo increíble de revelar toda la verdad. ¡Se decidió! Cerró los ojos para cobrar valor. Vio en su imaginación a don Pedro volando en la yegüita sobre la gran hondonada del río Candelaria. Vio morir el gallo de pasión, nacido en Viernes

Santo. Repitió atropelladamente la historia de los mágicos remedios, la cirugía del almanaque de Bayer, los maleficios, la yegua y el gallo y la ballena de Jonás. Con ojos asustados, y para hablarle bien al oído, agarró la cabeza de don Cándido y descubrió desde el fondo de su alma, su último secreto, su senti-miento máximo de admiración y de temor:

— ¡Ese hombre... don Pedro... ¡de lo que más sabe es de brujería!

-¿De brujería?

—Sí, sí, ¡de brujería! ¡Hasta su propia brújula tiene!

Conocer es querer. En el misterio se hermanan la tierra y el hombre. No se necesita diccionario para ser el intérprete. Don Cándido amó más y más en el peón, a la tierra y al hombre. Así nacen los afectos.

## ¡PAREN EL FUEGO!

*3 de Febrero, 1977*

En nuestra guerra de Liberación Nacional de 1948, se puede afirmar que sólo faltaron submarinos para que se usasen todos los recursos bélicos de la época, en miniatura.

Durante un viaje de inspección al Campamento de San Isidro de El General, me tocó presenciar nada menos que un bombardeo aéreo a una ciudad abierta. Abierta quiere decir que no estaba defendida por cañones, ni baterías anti-aéreas, ni fortificaciones. Solamente por el valor.

Cuando nos disponíamos a almorzar en paz todos —tropa, oficiales y Comandante— en el "Plantel" de la Carretera Interamericana, que habíamos ocupado sin permiso, sorpresivamente apareció la aviación enemiga. Dos avioncitos de no sé qué tipo daban vueltas sobre la ciudad y el Campamento, dejando caer por las puertas del aparato unas botellas de acero de las que se usan para oxígeno, del tamaño más grande. Las "bombas" estaban llenas de pólvora negra, tuercas y tornillos herrumbrados, y toda clase de recortes de metal. Se dijo que eran invento de un señor Masegosa, muy allegado al gobierno de entonces, y ex-combatiente de la Guerra Civil española.

Las enormes botellas explosivas se veían bajar por el aire durante unos instantes, y, según la dirección que llevaran, la gente civil les huía. Así había sucedido un siglo antes\* en la guerra entre San José y Cartago, cuando ambas ciudades se disputaban la capital de la República. Desde el Alto de Ochomogo los josefinos disparaban su cañón encendiendo la mecha por detrás, y los cartagineses gritaban: ¡Apártense, muchachos, que ahí viene bala grande!

Muchas cosas sucedieron durante la Campaña de 1948, que no se prestan a bromas sino a lágrimas. Pero es cierto que durante el ataque aéreo a San Isidro, sólo una bomba dio en el blanco, o al menos en algún blanco: cayó de casualidad sobre una pequeña pulpería deshabitada, y no dejó ni una caja de fósforos intacta.

Olvidando el almuerzo, y el peligro, nuestros soldados tiraban a los aviones, en serio. Tiraban con rifles Mauser, pero no alcanzaban la altura de los atacantes, que se jugaban la vida constantemente, un poquito más arriba de la balacera.

La altura era una de las causas de la mala puntería de los aviadores. Y las bombas se les iban gastando en vano, después del vuelo desde San José hasta San Isidro, que no era corto para aquellas naves pequeñas.

Los pilotos necesitaban bajar más, aun aumentando el peligro de que nuestra riflería los alcanzara. Y nosotros necesitábamos que bajaran un poquito, para poderles pegar, aunque con eso mejoraran ellos su puntería, y nuestro riesgo.

Pronto imaginamos una manera de hacer bajar los aviones, y ponerlos a nuestro alcance. Ordenamos parar el fuego de los Mauser, y sigilosamente subimos una ametralladora de trípode al

árbol más alto, amarrándola, junto con el operador, con pedazos de mecate, a las ramas de la copa. La máquina de calibre 30 tenía más alcance que los rifles, y disparaba más tiros. Además tendría, como digo, su blanco más cerca, más bajito.

¡Dicho y hecho!

¡Paren el fuego! ¡Paren el fuego!, hubo que gritar muchas veces. Pero un ejército de patriotas voluntarios no suele ser muy disciplinado. Y en todo caso, una de las órdenes más difíciles de acatar es la de parar el fuego, cuando ya la gente ha entrado en calor. Yo había tenido ya esas experiencias durante la batalla de San Cristóbal Sur, cuando vi que trataba de venir hacia nosotros un muchacho de Frailes, prisionero de la fuerza gobiernista, con bandera blanca. Fue casi un milagro impedir que lo mataran.

Pero el problema se complicó en el bombardeo de San Isidro porque, cuando yo ordenaba que pararan el fuego, un soldado nuestro bien escondido no sé donde, gritaba: ¡denles pija, muchachos! , cuantas más bombas de esas caen, ¡Más-se-goza!

Por fin nuestra ametralladora del árbol no tuvo oportunidad de disparar. A las avionetas se les acabaron las bombas, y se tuvieron que ir de regreso a San José sin hacernos ni un rasguño. Misión cumplida, misión perdida.

Tocaron las cornetas al son de "terminó el peligro". Muchos de nuestros hombres que estaban tirados boca abajo en las zanjas preparadas antes, se incorporaron, y casi fue innecesario dar la orden de almuerzo.

Pero entonces me buscó en carrera doña Andrea Venegas, la heroica Jefe de Cocina, que aún vive, y que Dios la conserve un siglo más, con una noticia peor que la venida de los aviones enemigos. ¡Por el momento no había almuerzo!

"Cuando usted ordenó tantas veces que apagáramos el fuego, y que apagáramos el fuego, le echamos baldes de agua a los fogones".

Así nacen los ejércitos.

## DARÍO ECHADO A PERDER

*Al eminente Dr. David Reuben,  
sicoanalista, este cuento que  
Rubén Darío me encargó contarle.*

*Sección Literaria de Excelsior  
15 Octubre, 1976*

El preámbulo. Los edificios de París se construyeron originalmente de piedras de un bello color de rosa. Con los años, y años, y con el viento y la lluvia y la nieve y el sol, fueron adquiriendo un matiz rojizo más oscuro, que gustaba aún más a los artistas y a los entendidos en colores. Pero con más años y más fábricas y más autos humeantes, insensiblemente perdieron belleza.

Después de la Segunda Guerra Mundial surgió una controversia entre quienes querían limpiar las fachadas con arena lanzada por un chorro de aire comprimido, que actúa como papel de lija, y quienes querían mantenerlas de aquel color indescripto, casi, casi sucio.

Pocos ensayos bastaron para convencer a los parisienses de que el bombardeo de arena, al devolver a las viejas piedras su matiz rosado primitivo, rejuvenecería a París y le daría de nuevo su encanto original.

Igualmente se cree que, en cualquier país, las iglesias churriguerescas podrían mejorar, ante los gustos de hoy (que no por ser de hoy son malos), si el cincel les arrancase muchos de sus ornatos curvilíneos y las dejase más lisas, o casi planas, en las superficies de sus paredes.

Es más: hasta nuestra literatura romántica de cambio de siglo (aunque esto suene a blasfemia) podría ganar más lectores si se le simplificase el estilo. Hay piezas de gran valor, como "El Velo de la Reina Mab de Darío, que casi no se leen hoy por estar sobrecargadas de ornamento, en relación con los estilos contemporáneos; y que debieran ser estudiadas no solamente como arte, sino también como filosofía.

Hecho este preámbulo, y a riesgo de que me fusile don Edelberto, el mayor rubenista conocido, probaré a estirar y planchar el velo. El Velo de la Reina Mab.

El cuento. Contaré ahora la historia de la Reina Mab, traducida del barroco de la época, tal como hoy se limpian los edificios de París, tal vez echándolos a perder.

En aquel tiempo la Reina Mab la santa patrona de los sicoanalistas, viajaba en su carro hecho de una sola concha blanca, tirado por cuatro potrancos negros que galopaban sobre un rayo de sol. Se coló por el tragaluz de un cuarto donde hacían su tertulia cuatro hombres flacos, barbudos y deprimidos, lamentándose como unos desdichados.

Ya entonces las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado el oro, a otros las tierras, a otros las fábricas y el comercio, y a los más afortunados la sabiduría, y hasta las artes.

Aquellos cuatro hombres se quejaban porque no sabían qué hacer con los bienes que les habían correspondido. La Reina Mab escuchó sus quejas. Así nacen los remedios a los males.

Decía el Escultor: ¿De qué me vale esta lucha a cincel con mis pedazos de piedra? Yo sé arrancar el bloque de la cantera, y fácilmente podría modelar la blanca Venus, que en los jardines de los afortunados muestra su desnudez bajo la bóveda del cielo. Yo sé dar al mármol la línea armoniosa y plástica, y hasta sueño con hacer que circule por las venas de la estatua una sangre incolora, como la de los dioses. Yo amo las escenas amorosas, delicadas, en que la ninfa huye cuando el fauno tiende sus brazos.

¡Oh, Fidias! Tú eres para mí un semidiós en el mundo de la belleza. Cuando tú golpeas, y hieres la piedra, el golpe armónico suena en mis oídos como el ritmo de un poema. Tú eres quien convierte el colmillo del elefante en la copa del festín. Cuando miro tu grandeza, oh inmenso Fidias, siento el martirio de mi insignificancia. A medida que cincelo mi pobre bloque, me invade el desaliento y me siento infeliz.

Y se lamentaba el otro artista frustrado, el Pintor: ¡Lo que es hoy yo romperé mis pinceles! ¿Para qué quiero mis colores y mi paleta, y toda mi inspiración, si a la postre mi cuadro será rechazado por unos jueces mediocres, en el pomposo salón de exhibiciones? Yo he pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He tomado de las campiñas los colores, los matices. He adorado a la luz como a una amada, y he trazado en mis lienzos los nimbos luminosos de los santos y las alas de plata de los querubines. ¡Ah! pero siempre el terrible desencanto. ¡La diaria necesidad! ¡El oscuro porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para almorzar!

El tercer artista barbudo y decepcionado, el Músico, exclamaba: Yo escucho todas las armonías, desde la lira de los primeros ángeles hasta las modernas fantasías orquestales del dios Wagner. Yo tengo la percepción del filósofo que convierte en ideas la música de los astros. Yo puedo aprisionar todos los roces, todos los ruidos, todos los ecos. Todo cabe, todo se combina en el ámbito de mis armonías. Para mí la luz del sol es un himno sagrado. La melodía de la selva es el latir de mi pecho. Desde el ruido estrepitoso de la tempestad hasta el canto imperceptible del ruiseñor, todo confundo y enlazo en mis cadencias infinitas. Sin embargo, ante el horror de las decepciones, no diviso sino la sorda indiferencia, la muchedumbre que va silbando sus sonos horribles, y hasta las paredes de la celda del manicomio.

Y el último artista, el Poeta amargado, agregó: Yo compongo el verso que es de miel y el que es de oro y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume, que repleta está de encantos y de amores. ¡Oh! vosotros, paloma, estrella, nido, lirio: vosotros todos sabéis que yo tengo por morada el firmamento. Y para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes de gigante los vendavales.

Para hallar consonantes, yo las busco en dos bocas que se juntan; cuando estalla el beso, mi estrofa queda escrita; y entonces, si miráis, veréis el vuelo fugaz de mi musa.

Yo amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas de los vencedores. Amo los cantos líricos, porque me hablan de las hadas, de las diosas excelsas y de sus secretos amores. Yo podría escribir algo inmortal. Pero me abrumba siempre el porvenir de miseria, el fantasma del hambre. ¿Quién, en este mundo prosaico, pagará un centavo por un verso?

Entonces la Reina Mab, patrona de los sicoanalistas, sacó, del fondo de su carro hecho de una sola concha blanca tirado por cuatro potrancos negros, el Velo de la ilusión. Era un velo azul, casi



impalpable, como hecho de suspiros de ninfas, de miradas de ángeles, o de rubores virginales.

Aquel velo era el Velo de los Sueños, de los dulces sueños, ¡ay!, que hacen ver la vida de color de rosa.

Con el Velo de la Ilusión envolvió a los cuatro hombres, flacos, barbudos y deprimidos, y ¡oh milagro! los hombres dejaron de estar tristes. Penetró en su pecho la esperanza tibia, y en su cabeza el sol alegre. Comenzó a bailar en la estancia el diablillo de la vanidad, que da nuevos ánimos de lucha, en sus decepciones, a los pobres artistas.

Desde entonces, en las tertulias misérrimas de los grandes ingenios infelices, flota el sueño azul; se piensa de día en el porvenir, con la seguridad con que se espera de noche la mañana. Se oyen risas que aplacan las tristezas. Se bailan farándulas alrededor de un mármol blanco sin pulir, de un lindo paisaje inconcluso, de un violín carcomido, de un amarillento manuscrito.

Tal es el cuento de Rubén Darío, modernizado, o echado a perder, como los edificios de piedra rosada de París. Así renacen a veces, para bien o para mal, los viejos matices, y los estilos bellos y arcaicos.

## GIOVINEZZA

*Sección Literaria de Excelsior  
Setiembre 10, ¡976*

El preámbulo. —El Dr. Mariano Figueres Forges vino de España a América en 1906 y, con espíritu pionero, se instaló en San Ramón, Costa Rica, como Médico del Pueblo.

Ya en aquel tiempo el viaje de San Ramón a la Capital, (70 kilómetros) era fácil, porque la mitad del recorrido se hacía en ferrocarril. En solo tres horas de tren se iba de San José, la capital, a Río Grande de Atenas. Las locomotoras eran de leña, y las chispas hacían huecos en la ropa de los pasajeros. Y de Río Grande a San Ramón, a caballo, se tardaba de cuatro a ocho horas, según la época del año.

Las personas que no podían viajar ni a pie ni a caballo, iban en carreta. Mi madre hacía el viaje en dos días, pernoctando en el conocido sesteo de las Pineda, entre Atenas y Palmares. Con un colchón de tusas de maíz en el fondo de la carreta, la gente viajaba cómodamente, y pasaba bien la noche en cualquier lugar donde se consiguiera caña o pasto para los bueyes.

Los servicios médicos en los pueblos eran generalmente gratuitos, compensados por el pequeño sueldo del gobierno para el doctor. Pero las personas pudientes pagaban todo. Una consulta, un examen y una receta, valían un colón. Las medicinas, entre seis reales y doce reales (de setenta y cinco céntimos a un colón cincuenta) según los ingredientes que llevaran, porque algunos eran muy caros.

Al principio mi padre, médico y cirujano, era a la vez farmacéutico. Echaba el bicarbonato, la quinina, la ipecacuana y demás componentes en el mortero de mármol amarillento, lo mezclaba bien con la "mano de piedra", y luego lo empacaba en cinco, diez, o quince "papelitos". —Tómese tres papelitos al día, y pronto estará bien.

La historia. —Un día llegó al consultorio un viejito descalzo y dijo: doctor, su medicina me cayó muy bien. Vengo a ver si puedo llevar más.

-¿Trajo usted la receta, señor? -Aquí está.

El Dr. Figueres Forges, recientemente profesor de medicina en la Universidad de Barcelona, leyó su propia receta y quedó confuso.

—Perdone, señor, dijo al paciente. Va a tener que volver un día que esté aquí Pancho. Hoy se ha ido a su casa, que está lejos; por el Bajo de los Corrales, en Naranjo.

Pancho era el "concertado"; el muchacho que hacía el aseo y los mandados, picaba la leña y ensillaba el caballo. Con el tiempo el doctor le enseñó a despachar recetas, y Pancho llegó a entender la caligrafía de los galenos, cometiendo pocos errores. Se había convertido en boticario.

Así nacen las aptitudes.

El paciente insistió: —Doctor, por qué no me hace el favor de preparar usted mismo la medicina? Yo también vivo lejos. Solamente quiero repetir la receta que me está cayendo tan bien.

Mi padre tuvo que insistir también en su respuesta.

—Lo siento mucho, amigo, pero esta medicina solamente la sabe preparar Pancho. Hágame el favor de volver mañana.

La receta, firmada por el Dr. Figueres Forges, catedrático de Barcelona, experto en electroterapia y cirujano general, decía simplemente: "una medicina que lo haga joven".

¡Cuántas personas que hoy inundan los consultorios de los médicos, y van al exterior a "hacerse chequeos", quisieran también conseguir la medicina de Pancho! Así se curarían todos.

¡Lástima que el Bajo de los Corrales esté tan lejos!

## LOS 20 JÓVENES DE ATENAS

*Página Literaria de Excelsior  
24 de Diciembre, 1975*

Tal como empiezan sus narraciones algunos escritores originales, corría el año de 4484 A.J.

Un hombre adusto se paseaba por entre los olivos, en el huerto que está al pie de la colina de la Acrópolis. Veinte jóvenes de Atenas le salieron al encuentro, preguntando: ¿sabes escribir, buen hombre?

-¿Por qué lo preguntáis?

— Traemos aquí veinte ostras, y os pedimos que escribas en su dorso el nombre de una persona que deseamos exiliar, como es la costumbre ateniense.

—Yo traigo aquí mi estilete —contestó el hombre, complaciente—. Dame tú la primera concha. Cuál nombre deseas que escriba en ella?

—Aristides. ¡Aristides! Todos nosotros, que representamos el futuro de la patria, pedimos que se le envíe al ostracismo.

Comenzando a escribir, el hombre preguntó:

—¿Le conocéis bien, hijos míos? —y siguió marcando las ostras.

—No, pero nos molesta que le llamen el héroe de Maratón, en parte porque cedió el mando a Alcibíades para pelear como soldado.

Los oráculos anuncian que pronto, dentro de pocos años, vendrán nuevas batallas. Los persas atacarán otra vez, en Salamina; y luego en Platea, y tal vez en otros campos. No conviene que Aristides se luzca. Los jóvenes debemos ocupar pronto las posiciones elevadas.

—Tenéis razón, decía el hombre, siempre escribiendo.

—Ya hemos circulado el rumor de que Aristides pretende fundar otro ejército. También hemos dejado que se diga que es un ganapán y un hombre que trabaja para acumular dinero para sí mismo.

—Aristides tiene ideas anticuadas sobre una gran Confederación de Délos para enderezar el Estado ateniense. Además, siempre ayuda a Temístocles, negándose a encontrar en él a un rival, como todos quisiéramos. Más bien lo trata como a un compatriota ilustre.

Los jóvenes somos as-tutos, y estamos cansados de ambos. Los tiempos cambian. La juventud no necesita mentores. Nosotros tenemos "voladitos". De todas maneras, Aristides prefiere que lo dejen tranquilo, cultivando otros jardines.

—Tenéis razón, hijos míos, tenéis razón, repetía el hombre, y terminó de marcar tantas conchas. ¿Y cómo le comunicaréis vuestra decisión?

—La anunciaremos en un bando, por las calles, al son del tambor que los persas usan siempre contra nosotros, desde poco después de Maratón.

— Muy bien, muy bien, tenéis razón, hijos míos. Me convencéis de que ya os ha hecho suficientes bienes para que le despreciéis.

—Y tú, buen hombre, ¿quién eres? pareces letrado; pareces filósofo. ¿Quién eres? Tú nos das la razón: debes ser un hombre justo.

—No, jóvenes, no. Yo soy sólo un viejo cualquiera, que os seguirá deseando siempre, como hasta ahora, todo bien. Yo soy Arístides.

Así surgen las ambiciones prematuras en los jóvenes, instigados por la envidia de los líderes pequeños.

## **EL JILGUERO Y EL CUYEO**

*Sección Literaria de Excelsior*  
*Junio 4, 1976*

Yo creo que el cuento es de Brenes Mesen, o de algún clásico amigo suyo. Así nacen y sobreviven muchos cuentos que llegan a ser clásicos.

En el Jardín de La Selva, el jilguero y el cuyeo entraron en discusión sobre la calidad de sus cantos. Porque ya en aquel tiempo los jilgueros cometían el error de discutir sobre música con los cuyeos.

Ambos habían oído por radio a don Chalo Fació en la OEA recomendando la solución pacífica de los conflictos, y los arbitrajes.

Acordaron, pues, buscar un arbitro, entre los animales de La Selva, que no eran pocos. El cuyeo propuso como juez al burro, porque tenía orejas grandes. Era el más indicado. El jilguero contestó que a él le daba lo mismo.

Rifaron, y le tocó cantar primero al jilguero. Fueron unos trinos capaces de parar el tráfico, por deferencia a los oídos finos; capaces de hacer caer las lluvias de marzo sobre los cafetales sedientos.

Luego cantó el cuyeo. Primero pianísimo: cuyeo, cuyeo, cuyeo. Después forte: cuyeo, cuyeo, cuyeo. Y finalmente fortísimo, cuyeo, cuyeo, cuyeo.

El arbitro pidió tiempo para consultar con otros jumentos, que eran también representantes en la

Asamblea de La Selva. Luego dio su veredicto: me imagino, dijo, que el señor Jilguero conmueve a algunos con la variedad y finura de sus melodías. Pero esto es cuestión de orejas. A mí que no las tengo pequeñas, me entra mejor esa serena uniformidad del señor Cuyeo.

¿El comentario de Brenes Mesen? —ganó el Cuyeo—. Esto sucede muchas veces en la vida. Pero vale más ser jilguero cantor, que cuyeo, ganador de concursos de orejas.

## FUE QUE..

Un viejito que fue amigo mío en mi juventud, muy conocido en Esparza, Provincia de Puntarenas, antes de morir me encomendó contar algún día esta historia a las madres de los caídos en 1948, en ambos bandos.

La oportunidad de recordar el mensaje no se presentó sino hasta fines de mayo, 1948, cuando subía yo a caballo una cuesta caracoleada y polvorienta, en lo que había sido hasta pocos días antes zona de guerra.

Una mujer campesina muy pobre, con un niño en brazos y dos o tres a la cola, me detuvo.

-Mi marido le manda este papelito.

*RECIBO*

*Ejército de Liberación Nacional Batallón El Empalme. Destacamento La Roca.*

*Recibí del señor Fermín Salas Jiménez 5 cajuelas de maíz en mazorca, que era todo lo que tenía en la troja, para la alimentación de este Destacamento.*

*Firma — Capitán Carlos Gamboa  
Comandante*

—Con mucho gusto, señora. Dígale a su esposo que este maíz se le pagará enseguida.

—No, don Pepe. Mi marido no quiere que nos paguen. Yo le traje a usted el papelito de regalo.

En ese tiempo, en San José nos estaban haciendo un escándalo por el impuesto del 10% al capital, para los gastos de guerra y, tal vez más difícil aún, la pacificación del país.

La señora y yo quedamos un rato en silencio, ella sollozando y yo con un nudo en la garganta.

Fue que... comenzó a explicar. Fue que... los de casa ¡volvieron todos!

FIN